



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albus
me, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrogo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Bu
rago, Calvo Asensio (D. Pedro), Camponor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castellar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Corvino, Chacón
(conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Duque de Riosa
Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín, Toro, Flores, Figueroa
Figueras, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Renté, Guelbanzu, Guerrer, Incenga, Harzenbusc,
Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrataga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Licente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro
Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Orjaz, Ortiz de Pinedo, Oldazaga, Pompillo Gener, Palacio, Pass
von y Lastra, Pasaual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de
Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Voalera, Velez de Medrano
Vega, (Venturá de), Vidart, Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Combarain y España, (D. Eugenio), A costa (D. Juan), Ribot y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Mayo de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las prin-
cipales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañan-
do su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comu-
nicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Ragner.—Nueva campaña, por Clar-
rín.—Revista literaria, por Natalio Vida.—Perfiles ar-
tísticos, por Antonio Guerra y Alarcón.—Suez, por Ni-
colás Díaz y Pérez.—Siluetas científicas, por ***.—Los
españoles en África, por R.—Anales de la Asociación
Taquiográfica, por ***.—Ante el cedro de Odara, por
Antonio Ros de Olano.—Revista de Madrid, por Anto-
nio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Nacimiento del rey.—Discurso del Marqués de la Ha-
bana.—Idem de D. Cristino Martos.—Becerra en
la Academia de ciencias exactas, físicas y natu-
rales.—«Le Temps» y el gobierno Español.

El 17 del actual á las doce y media de la ma-
ñana, la Reina Regente dió á luz un varón.

Inmediatamente fué puesto en una bande-
ja de plata con finísimo algodón y presentado
al personal diplomático, ministros, comisiones
de los Cuerpos Colegisladores, de todos los ins-
titutos civiles y militares, alcalde de Madrid
y concejales, presidente y comisión de la dipu-
ración provincial, etc.

He aquí el discurso pronunciado en la tar-
de del día citado ante el Senado, por el presi-
dente de dicho alto cuerpo colegislador, señor
Marqués de la Habana, al dar cuenta del nati-
licio del nuevo rey de España:

«La comisión designada para asistir en re-
presentación del Senado, al alumbramiento de
S. M. la reina regente, tiene la alta honra y la
grandísima satisfacción de anunciar á la Cá-
mara, que ha llenado su cometido presentán-
dose en el real palacio, y asistiendo á la pre-
sentación del nuevo vástago, rey de España,
suceso de grande importancia en el estado en

que se encuentra la monarquía española, sin-
gularísimo ciertamente y que demuestra, en
vista de la grata impresión que ha producido,
lo profundamente arraigado del principio mo-
nárquico

Accidente natural de las monarquías son
las menores edades sin que por eso se que-
branten las dinastías. A poco de suceder la in-
mensa desgracia que pesaba sobre nuestra pa-
tria, el fallecimiento del rey en los momentos
en que no podía designarse monarca alguno,
se ha visto que sólo el principio representado
por la augusta regente, fué la bandera que el
país alzó unánimemente. Este hecho, que lle-
naré de satisfacción á toda España, nos dá un
nuevo vástago, como he dicho un heredero del
glorioso nombre y de la imperecedera memoria
del Rey D. Alfonso XII.

La providencia querrá conservarlo para fe-
licidad de la patria, y aleccionado por la au-
gusta regente, esperamos que nos dará dias de
dicha y ventura para nuestra amada España

El nuevo rey será educado por su augusta
madre y con todas sus altísimas cualidades,
vendrá á ocupar en la historia de nuestro país
un lugar tan distinguido en la nueva patria
que ella representa, como dejó en la suya una
de sus ilustres antecesoras.

Yo tengo, pues, la honra de proponer al
Senado, que se haga constar en el acta de la
sesión de este día la inmensa satisfacción que
la Cámara siente por el nacimiento del nuevo
rey, y tambien que se haga constar el deseo
vivísimo de esta Cámara por el pronto resta-
blecimiento de la salud de S. M. la reina re-
gente doña María Cristina.»

El Sr. Martos, presidente del Congreso,
pronunció en la misma tarde en el Congreso,

al dar cuenta del fausto suceso, un breve dis-
curso en que hizo ostentación de su entusias-
mo y adhesión á la monarquía.

Hé aquí el extracto de dicho discurso:

«Quisiera que mis palabras pudieran corres-
ponder en estos momentos á la grandiosidad
del acto que acabamos de presenciar los que,
en representación del Congreso, que á su vez
representa al país, hemos acudido al regio al-
cázar.

La presentación á nosotros del recién naci-
do rey, simboliza el lazo estrecho que existe
entre la monarquía y el pueblo.

Señores diputados: hace poco la tristeza
embargaba todos los ánimos. El porvenir de
la monarquía se presentaba incierto y luctuo-
so con la muerte de un rey magañimo.

Ahora presenciamos espectáculo distinto.

La alegría embarga los sentidos, y la mo-
narquía, que es el orden asegurado, se encuen-
tra afianzada; horizontes risueños se presentan,
aunque algunas nubes aún lo empañan.

Esa es la ley de la naturaleza. De la muer-
te brota la vida. Hay que resignarse á que
así sea siempre.

Unámonos todos, señores, para defender
la monarquía y asegurar la paz y la prosperi-
dad de la patria.»

La recepción del Sr. Becerra ha sido aconte-
cimiento importante. El asunto de su discurso,
la maestría en desenvolverlo, los conociemien-
tos de que ha dado brillante prueba, son un
título más que añadir á la larga y excelente
carrera profesional y política de D. Manuel Be-
cerra.

El que en una Real Academia, vetusta en
su estructura, entren elementos fuertemente
liberales, es un fenómeno de transacción con

los tiempos, digno de estimarse. Comprenden los organismos académicos, que no pueden vivir sin conceder al siglo lo que es suyo y ventilarse de cuando en cuando con aire que viene de las calles.

Y lo que acontece de ordinario es que el recién entrado, se adapta al poco tiempo al medio y viene á ser uno más de esos señores calvos que se sientan bajo un retrato y que tan admirablemente ha pintado Lanessau.

Comienza el discurso del Sr. Becerra con frases de Spencer, el cual, tratando de las relaciones entre el sentimiento y la inteligencia, afirma que rara vez la última llega á dominar al primero, mientras que por el contrario, el estado emocional de tal suerte se sobrepone á las facultades puramente intelectuales, que sofoca y ahoga la reflexión y no permite expresar con la palabra más que una parte muy pequeña de lo que se siente.

Esto, que el Sr. Becerra decía como por vía de prólogo, y para que le prestasen acogida y benevolencia, resultó verdad, pues al leer su discurso no estuvo la palabra á la altura del entendimiento y parecía un principiante el que es un maestro.

Leer un discurso tan largo, no es tarea para todos los hombres, y sobre todo, hablar de matemáticas, es tener asegurado un auditorio respetuoso y admirado, pero frío.

Hay en el discurso, el lugar común de prestar culto al académico muerto á quien se reemplaza; y por cierto que en esta ocasión las alabanzas eran merecidas, porque el ingeniero D. José Subercase era toda una notabilidad.

Lo dice el Sr. Becerra: no podía hacer una historia del desarrollo y desenvolvimiento matemático desde las primeras sociedades constituidas hasta la fecha, pero sin indicar los datos indispensables para poder discurrir con probabilidad de acierto, sobre las diferentes fases ó puntos de evolución por que ha pasado hasta nuestros días, la que los indios llamaban *ciencia de disciplina y de método*.

Reivindica el Sr. Becerra para la España de los árabes, el mérito superior de haber continuado la tradición del estudio matemático, y la parte del discurso en que trata de la cultura árabe, es un modelo de elocuencia, una página de historia viva y sentida.

Son notables también los párrafos que dedica á enumerar los trabajos matemáticos de los sábios de la India, de aquellos precursores de toda ciencia y de todo conocimiento, cuna de civilización de donde emergen griegos y árabes.

El Sr. Becerra alcanza en esta parte del discurso, la alta virtud de los historiadores que prestan cuerpo y alma á los hombres y las cosas que fueron.

Sería prolijo seguirle en el largo proceso de la historia de la ciencia matemática; que de esto para plumas más versadas en tal linaje de conocimientos.

La contestación del Sr. D. Eduardo Saavedra es admirable. Un discurso muy corto, pero muy interesante, cuajado de gracias y donaires, que forman la corona destinada al nuevo Académico.

El Sr. Saavedra escribe en galano y correcto castellano, y su discurso, muy bien leído, con la entonación sobria y reposada del que lleva una banda, deja en el público gratísima impresión.

Habla de las mujeres para aplaudir su gusto por las cosas de la ciencia; habla de ellas para recordar, no sus bellezas físicas, sino sus bellezas intelectuales, componiendo largo índice de las celebridades femeninas.

Y replicando al Sr. Becerra que se lamenta de la falta de iniciativa patria en todo asunto científico, tiene este discurso una sentida nota patriótica, afirmando que nos levantaremos de nuestro indolente reposo, porque hay energías en esta nación que presidió al mundo.

Le Temps consagra su crónica á nuestra política, analizando con conocimiento de causa, la encontrada actitud de algunos hombres eminentes que prestan su apoyo á la actual

situación, y las grandes dificultades con que tropezarán el Sr. Sagasta para gobernar.

Dá cuenta del incidente parlamentario provocado por D. Nicolás Salmerón, y afirma la importancia y la fuerza que en las Cortes tiene la democracia republicana.

La parte más importante del artículo es la que reproducimos á continuación:

El Sr. Sagasta sabe cuán artificial, cuán poco homogénea es la coalición con la ayuda de la cual debe gobernar. La experiencia adquirida en su último paso por el ministerio, le ha convencido de la imposibilidad de dar á la vez satisfacción al ala derecha é izquierda de sus tropas.

No ignora que llegará un momento en que tendrá que elegir entre el general Martínez Campos y el Sr. Martos. Aplazar las reformas prometidas, significa lo mismo que conservar el apoyo del estado mayor centralista, tan influyente en la Corte y con los generales, pero significa también la pérdida de la alianza con los demócratas.

Proceder con empeño al cumplimiento del programa contenido en el Mensaje, es asegurar para siempre el concurso de los liberales avanzados, hasta de aquellos que están fuera de las filas oficiales del partido, pero es inclinarse á los centralistas hacia el partido conservador.

Es natural que semejante alternativa inspire cuidado á un hombre de Estado tan sagaz como el presidente del gabinete español, sobre todo en las difíciles circunstancias que crea á la monarquía la incertidumbre de la sucesión.

La regencia no descansa sobre solidas bases, y el ministro que ha asumido la ruda tarea de gobernar, nada tiene de extraño que titubeé antes de romper con su mano el instrumento que él mismo elaboró, y antes de desorganizar el partido, cuya constitución ha sido la obra de su paciencia y de su habilidad.»

RAGUER.

NUEVA CAMPAÑA

Con este título ha publicado nuestro apreciable colega *La Opinión*, el primero de una serie de artículos que el distinguido crítico español D. Leopoldo Alas (*Clarín*) se propone dedicar al estudio de la literatura en nuestra patria y de las causas que determinan el estado de decadencia en que hoy se hallan las letras españolas.

Seguros de que nuestros lectores verán con agrado esos trabajos del autor de *La Regenta*, los reproduciremos en estas columnas, comenzando con el que á manera de introducción publica el citado colega. Hélo aquí:

Gustavo Planche, modelo de críticos sabios, justos y francos, salió un día de París; viajó por Italia, vió mucha belleza por el mundo, pensó mucho; y cuando volvió á su patria, después de algunos años, encontró su pluma algo más blanda, su criterio más flexible; las medianías le arrancaban alabanzas que antes difícilmente concedía al gran ingenio. ¿Qué era aquello? ¿Por qué sonreía á todo Planche? ¿Qué optimismo bonachón era aquél? Aquella suavidad nueva, era una triste y profunda ironía. El buen gusto luchaba en vano, la batalla estaba perdida; lo que él había dejado mal, lo encontraba, al volver, peor; la maraña de la necesidad ambiente se iba complicando; la tonteraliteraria iba adquiriendo cierta patina que la hacía muy temible, tal vez respetable; el tiempo sancionaba el absurdo poco á poco, y le iba dando, á su modo, la razón; la lucha, que era antes ya una temeridad, se convertía en vehemente locura. El crítico abdicó en silencio; su desesperación latente se escondió entre las cenizas de la benevolencia. «Todo estaba bien; por lo menos, regular.» El profundo desprecio que había en los elogios de Planche, lo creían pocos; tal cual autor á quien la vanidad ó el orgullo convertían en lince á fuerza de suspicacia.

Pero esto pudo hacerlo Gustavo Planche porque vivía en París, donde las letras jamás llegaron á caer en manos de los rematadamen-

te tontos. Engañar al público alabando á ciertas medianías francesas, es posible. No cabe la misma comedia tratándose de nuestras nulidades españolas. Y la nulidad lo invade todo. El verdadero ingenio la estorba y la acoquina; se habla en voz baja y hasta se conspira en los periódicos en nombre de una democracia absurda: la democracia del ingenio; se quiere hacer el goce de la gloria al cuarto estado del talento; muchos políticos, que tienen en el alma la hiel de desengaños literarios, ayudan al literato impotente que aún no oculta sus desengaños, á todos estos se juntan cien *genios* de un día, que echan de menos la aureola del Talco que arrancó de su cabeza un papirotazo de la crítica, y entre todos son ya una multitud con su *tole tole* formidable; el número los hace cosa seria, como una nube de langosta. Se aplasta cien majaderos de pluma, y nacen mil; parece que cada tontería que se publica puebla el aire de larvas de idiotas. Todos los *messieurs Jourdain* de España, se han hecho cargo de que hace muchos años que están hablando en prosa. Estamos perdidos. Los hombres de Estado, los pocos que hay, no toman en serio esto; no ven que la decadencia de España tiene sus más tristes señales, las más expresivas también, en este marasmo de la imaginación, en este terrible síntoma de la ataxia del gusto. Los hombres de ingenio callan, se esconden, viven solitarios; parece que son una raza que va á desaparecer; el aire ya no va siendo respirable más que para los otros. La falta de respeto está en la atmósfera.

Insistir en la crítica, parece empeño vano. Los maestros dan el ejemplo de encogerse de hombros. Valera calla con pretexto de la ausencia; su aticismo no le permite tomar actitudes románticas que en España necesita la crítica, si quiere seguir luchando. El vocativo que Valera supe cuando habla á la multitud, es esta: ¡*Oh atenienses!* El atavismo visigótico que hoy nos domina (¡nos domina!) no puede tolerarlo el autor de *Asclepiogenia*. No sólo se desoye su consejo, sino que se desprecia sus obras; si, se las desprecia con el desprecio que más duele; con el de no entenderlas.

Menéndez Pelayo nos habla de los antepasados y de los extranjeros; pero muy rara vez de los españoles de ahora. Teme acaso que la crítica de todos los días pudiera rebajarle un poco, y hace bien en temerlo. En el roce ordinario con los grafomanos, se vuelve el crítico un poco vulgar, sin querer, sin notar; tal vez toma ciertos gestos de las manías que estudia y porque vigila; y lo que es peor, el día menos pensado se ve envuelto en una reyerta de barril bajo. Las letras tienen también su alcantarillado; hay escalos en ellas, matuteros, matones, barateros y todas las escorias del hampa del ingenio. El que quiera ser crítico de su tiempo en España se expone hoy á ciertas aventuras muy parecidas á las que tiene que arrostrar un celoso comisario de policía.

Federico Balart no quiere escribir hace muchos años. Hoy todos le alaban porque se acuerdan de sus grandes méritos, no de las heridas que por justicia tuvo que inferir al amor propio de muchos. Si Balart escribiese hoy, sus enemigos serían innumerables: todos los malos escritores.

Giner de los Ríos, González Serrano, y otros que con tan grandes aptitudes, cada cual á su modo, habían ensayado la crítica de los libros de ahora, han ido dejando ociosas esas facultades para consagrarse á materias menos ingratas.

Entre los jóvenes que comienzan con fé, entusiasmo y preparación excelente el ejercicio de la crítica, no tardará en entrar el desaliento por la falta de ejemplo digno, de estímulo y de cuanto puede hacer soportable el penoso combate.

Pues si no hay modelos que seguir, abnegación que imitar, esperanzas firmes que sostener, ¿no sería inútil volver á las andadas, inaugurar nueva campaña, luchando cada ocho días desde un periódico, cada uno ó cada dos meses desde un folleto, cada año desde un libro en pro del buen sentido literario que

muere de una terrible consunción en España?

Y más: considerando que este mal está enlazado con otros muchos, cuyo remedio de Dios nos venga, ¿no será hasta pueril empeño el de insistir?

Acaso. Pero sin ser determinista, á lo menos *del todo* y en el sentido corriente, creo mucho en la influencia poderosa del cuerpo sobre esto que llamamos, y hacemos bien, el espíritu, y creo que *está escrito* en mi sangre, en mi temperamento, en lo que sea, que he de ensartar años y más años artículos de crítica ligera, con la mejor intención del mundo, con buena fé absoluta, con anhelo de acertar, lo mejor que sepa, sin alarde de erudición, que no tengo, enamorado del arte, no sobre todo, á guisa de *diletante* excéptico, pero sí más que de otras muchas cosas.

Todo lo tengo medido, todo lo tengo pensado (sin que esto sea pretender igualarme al Dios de Salomón), y veo que mejor es continuar aún contando con los disgustos que el empeño acarrea. Más para continuar escribiendo de crítica ordinaria, después de esta profesión de fé, de tristeza, es necesario tener un motivo poderoso que haga racional la empresa. Lo tengo; por lo menos, creo tenerlo. Procuraré explicarlo, por hoy en pocas palabras. El desenvolvimiento de toda la teoría es cosa larga, que irá mostrándose en el curso de toda esta campaña crítica.

Estamos en una decadencia que viene ya de lejos. Mejor dicho, estamos acaso en dos decadencias: la una general; si no universal, por lo menos de todos los países con que más afinidades tenemos: la otra especial, la nuestra, la larga y triste decadencia de España. Fuimos un gran pueblo á nuestra manera, como se era entonces, en aquellos tiempos con que los racionarios se entusiasman, tal vez sin comprenderlos; nuestras letras brillaron como brillaban nuestras armas; nuestros soldados traían de Italia, según frase que no es mía, laureles y sonetos; nuestra gran influencia en los congresos diplomáticos repercutía en el teatro francés; Corneille, Molière y tantos otros, pagaban pleito homenaje á nuestro ingenio, tal vez se nos imitaba no sólo por admiración, sino algo por adulación, y todo es admirar, pues el que adula reconoce un poder. En fin, éramos grandes y escribíamos bien.

Pero nuestro poder moría de hidropesía, nuestros versos y prosas padecían el mismo daño. Nos hinchábamos demasiado. Estallamos al fin. No hay que recordar cómo.

Nuestro gran Imperio era casi todo apariencia; nuestra fuerza era una gran hipóbole política que había asustado á muchos, como nuestra elocuencia era una cascada brillante y sonora que aturdiría y deslumbraba. El pensamiento de nuestras letras era inferior á su grandioso verbo, como la vida social de España era demasiado débil para sostener largo tiempo los grandes aparatos de cartón de nuestra inmensa monarquía.

Cayendo aquí, levantándonos más allá, así vinimos viviendo desde que los ideales que representaba España la poderosa, mejor que otras naciones, dejaron de ser la actualidad de la historia. Somos el pueblo de una hegemonía cuya oportunidad pasó con ella misma, y todos los renacimientos que hay aquí de tarde en tarde, son parciales, ya nunca obra colectiva, nacional, ni menos duradera.

El genio español había nacido para las grandes ideas sociales, en que la libertad se sacrificaba al entusiasmo, la delicadeza á la grandeza, el pensamiento á la fé, el individuo al conjunto; en literatura, como en todo, nuestra inspiración, propiamente nacional, era colectiva, era sentimental, y de aquí el predominio de las formas épicas y dramáticas, la pobreza del arte psicológico sin más excepción de cuenta que el misticismo.

Muerto este gran espíritu, por nuestro decaimiento en parte, y algo también por influencias extrañas que se imponen porque son la vida moderna en todo el mundo, España puede aspirar á seguir viviendo dignamente, relativamente progresando con el movimiento ge-

neral del mundo; pero ya no será original, ni fuerte, ni sus florecimientos literarios (por ser el ejemplo que aquí importa) serán ya obra de todo el pueblo, reflejo exacto de la vida nacional.

Todo esto de pena; pero no debe arrojarnos en el pesimismo. Lo que corresponde, por lo que respecta á la suerte especial de España, es una melancolía resignada y una sabia filosofía horaciana, no en el sentido de entregarse al placer fácil y gracioso, sino en el de gozar de las flores de cada primavera, sin pesar en otra cosa. Si; como un pueblo que sigue en enjendros extraños, corrientes de una vida que él no enjendró, pero que son los que impone hoy la conciencia política; adelantamos algo con un progreso que no se nos debe ni nos entusiasma.... Nada de esto es muy alegre.... pero es lo menos malo que se puede escoger.

En las letras el mismo horizonte gris iguales dísticos de mediocridad y movimiento pausado y por extraño impulso.

Pero si en la obra colectiva no caben aquí grandes entusiasmos ni grandes esperanzas, en las sorpresas que la iniciativa individual ofrece de vez en cuando, cabe aún esperar interesantes aventuras. Así, hoy mismo nuestra literatura, como empresa colectiva, es deplorable, pero ofrece aquí y allí personajes aislados de mucha fuerza, de un gran valor intrínseco, dignos de formar parte de un verdadero florecimiento general, en que hubiera un pueblo artístico, un ideal grande y común, ambiente propio para la vida poética. Este fenómeno no es peculiar de nuestra patria; en toda Europa, á estas horas, hay un *decalentismo* más ó menos acentuado, que se muestra, sobre todo, en esta desproporción entre la inteligencia y la sensibilidad de unos pocos y la voluntad y el sentido de la multitud. Las personalidades más perfectas, las más delicadas y complicadas, las que han llegado á una vida superior respecto de la muchedumbre, profesan ya, resignadas ó desesperadas, la religión de este aislamiento.

Pues bien, la crítica, aun desesperanzada del esfuerzo colectivo de los destinos de un pueblo entero, puede trabajar con fruto estudiando las sorpresas que de tarde en tarde ofrece este síntoma fatal de la decadencia, la vida hipertrófica del individuo superior á su tiempo, vida egoísta, en que se desdeña el papel de célula que forma parte de un ser orgánico, por cultivar con empeño la propia existencia, la de toda célula, en vista de todo el cuerpo social de que se elemento. No se sabe si esto será el *non sereniam* de Satanás, de que hablan los teólogos; pero este es el gran síntoma de las decadencias contemporáneas, y en lo que se manifiesta en la literatura, merece estudio y despierta gran interés.

Con esta idea se resuelve la aparente antinomia de despreciar mucho nuestra vida actual y literaria y poner en las nubes algunas personalidades insignes.

A señalar bien ambos caracteres, á imitar gráficamente, por la argumentación, por el ejemplo, por la sátira, como pueda, la pequeñez general, y á procurar que resalte lo poco bueno que nos queda, á venerarlo y estudiarlo con atención y defenderle con entusiasmo, dedicaré principalmente los esfuerzos de esta nueva campaña periodística, que así atendida puede ofrecer peripecias y ofrece de fijo material abundante. Una decadencia es siempre más complicada que un florecimiento, y en ella hay más ocasiones que nunca de ejercer esa justicia caritativa de distinguir el mérito individual de la insignificancia general; la justicia de no consentir que autores que, aisladamente estudiados, valen acaso tanto ó más que otros de mejores tiempos, sean condenados energicamente con esos dictados comunes de: *imitación, conceptismo, efectismo, sensiblería malsana, alambicamiento*, palabras que tienen toda la grosería de las voces abstractas generales, y que sólo sirven en el arte para los que sirven esas paletadas de cal con que obispos bárbaros taparon en tantos países aquellos *alambicamientos* y *conceptismos* de piedra que

inmortalizaron la arquitectura ojival y la de nuestros maestros los árabes.

CLARIN.

REVISTA LITERARIA

I

RIVERITA por A. Palacio Valdés

Es Armando Palacio Valdés, así como la zona templada de nuestros novelistas. El apacible y moderado calor de su talento no es suficiente á producir en ella flora tan exuberante, ni humanos seres tan vigorosos, como los que se dan en los tropicales dominios de Galdós y fie Pereda; como tampoco consiente los hielos y estepas, que en ateridas regiones, forman la medianía y la necedad. Germina, en cambio, variada y grata naturaleza, siempre verde y lozana como pradera suiza ó granadino cármén, poblada de toda suerte de seres, nunca exiguos y borrosos, ni convencionales como pastores de Arcadia.

Así en las obras de nuestro simpático escritor no veremos nunca esos repentinos contrastes de luz y sombra, atrevidos tonos y enérgico colorido, en virtud de los cuales, las figuras toman tal relieve, que se salen, por decirlo así, de las páginas del libro. Palacio Valdés trabaja siempre en una dulce penumbra y usa con preferencia de las medias tintas y del claro oscuro. Tampoco cuando investiga y observa, á falta de esa supervidencia del genio, hácelo con el escalpelo, ni más ni menos, á manera de corrosivo ingrediente que llega hasta las entrañas mismas de la víctima, llevando á sus tejidos la descomposición, y á su organismo todo, la muerte artística. Su ingenio, como el agua, penetra en todas partes sutil y refrigerante. Asimismo, no demuestra tendencia peculiar ajena á las de los demás novelistas, ni predilección especial por ningún género, ni aptitudes especiales para una cosa con exclusión de otra; la nota predominante de su talento es la plasticidad. La primorosa marina, el paisaje campestre, el cuadro de costumbres, el conflicto religioso; los tipos sociales de todas clases y jerarquías, todos salen fundidos al mismo temple, é idéntica valía alcanzan en el mercado literario.

Tal vez haya que hacer una sola excepción, para esas deliciosas niñas de catorce á quince años, sesudas y discretas como mujeres, é inocentes como ángeles, que el autor nos pinta en casi todas sus obras con verdadera delectación y realidad asombrosa; pero nada más. Así con Marta y María y su conflicto religioso colocóse á la misma respetuosa distancia de *León Rach* y de Gloria, que con el *Idilio* y *José*, de las bucólicas (1) descripciones de Pereda y de *Sohleza*; en todas ellas están habilmente seguidas las huellas de los maestros y tomado de éstos lo mejor, no de modo servil, sino en virtud de poderosa fuerza asimiladora; al mismo tiempo que de ninguna de dichas producciones del señor Valdés, puede decirse que sea visiblemente mejor que otra. Quizás se objete que *José* es inferior, pero nunca se deducirá de ello el que el autor no tenga aptitudes para escribir libros de ese género.

Ahora acaba de publicar á *Riverita*, libro que acusa un notable desarrollo y perfeccionamiento en las facultades artísticas del Sr. Valdés; y en corroboración de lo antes dicho, nótese que todas se han desarrollado tan paralela y simultaneamente que ninguna sobrepuja á las restantes; situaciones, caracteres, manejo del idioma, diálogo, hanse llevado por igual á una altura rayana en la ansiada meta. Ya *Riverita*, la brigadiera, la generala Bembo, el tío Manolo, Marroquin, y hasta el alférez Utrilla, no obstante no haber hecho en la escena sino una entrada por salida, son figuras que á la legua están revelando la experta mano de un artista de raza.

(1) Es por demás visible la semejanza que, no sabemos por qué, existe entre la novelita de Emilia Pardo, titulada *Bucólica* y el *Idilio* de Armando Palacio.

No le es dado á todos pues no es muy hacedero, eso de trasladar la vida real á las páginas de un libro; y la vida real, no á tontas y á locas, sino sabiendo ver y escoger de ella aquello que, por más característico y culminante, simbolice, bien un orden de ideas, bien una clase social, ó un modo de ser del individuo ú otra cosa cualquiera, de la cual hallemos luego, en mayor ó menor número, manifestaciones, copias y ejemplares. Únicamente así, lógrase con un personaje, como la brigadiera, pongo por ejemplo, evocar en el ánimo de los lectores el recuerdo de tipos semejantes.

Pocas personas habrá de las que hayan corrido mundo y estado en capitales, que no hayan conocido alguna de esas hermosuras, perpetuamente exhibidas en teatros y paseos, de cuyo nombre, vida y milagros nos enteran los amigos officiosos á la hora de haberlas visto, y que luego, á fuerza de encontrárnoslos cien veces al día y en todas partes, como si poseyesen milagroso don de ubicuidad, nos llegan á ser tan extremadamente empachosas, antipáticas y rebotantes, que grima y no el natural deleite que produce la belleza, nos dá de mirarlas. ¿Y quién no ha visto algún Utrilla entre las últimas hornadas de incipientes alféreces ó estudiantes que perpetuamente salen de las academias y colegios? ¿Y quién hasta no tiene entre sus amigos un tío Manolo?

Y si esto no reza de una manera tan amplia con Miguel Rivera, *Riverita*, no es porque deje de ser un tipo tan real como pueda ser el primero y el mejor trazado de todos; sino por que personas tan listas y simpáticas como él no se dan en tan crecido número; tampoco nos tropezamos todos los días, ni al volver de cada esquina, con muchas Glorias, Regentas ó Pepitas Gimenez.

Y esta es también la razón, por la cual, como algunos quisieran, no abundan nuestras obras novelescas en tipos *tendenciosos* por el estilo del Avendaño de *Locura ó Santidad* ó del Carlos de *El Nudo Gordiano*, ni en esos caracteres superiores, todo ideas y energía, que como la gloria son el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno, y los ideales perpetuos á quienes hay que imitar ó parecerse para llegar á ser medio perfectos. Dichos caracteres deben de estar en el mundo más claros que los Obispos; y si una novela es una cosa, así como la determinación ó manifestación artística de la realidad, no le es dado al novelista el forjarlos á su antojo, sobre que nos expondríamos á caer en la novelita filosófica de últimos del siglo pasado y comienzos del presente, para lo cual habría que trazar figuras del porte y facha de aquel teólogo, de cuya boca manaba la felicidad del orbe terráqueo y de su levita la pringue, y que contestaba siempre victorioso en *La Razón* del padre Almeida y en las *Respuestas* de Franco. Sujeto que no podríamos hoy presentar en público, por más que, como Aselepigénia, lo naudásemos antes fregar con un estropajo.

También en el estudio del medio ambiente y en toda la parte descriptiva, ha estado el señor Palacio Valdés felicísimo. Libre de esa inventarías inclinación al detalle, que en autores de mucha monta es una verdadera manía que los somete á los más prolijos y cachazudos procedimientos, y sin tender tampoco al abocetamiento, ha podido llevar á término con naturalidad y desembarazo relatos como el de la niñez y estancia de Riverita en el colegio, y descripciones tan acabadas como la de la redacción de la Independencia y la de la plaza de toros, nueva ésta última en nuestra novela, y hecha con toda la ciencia taurina de un Sentimientos de mayor cuantía.

Pero veamos el argumento de la novela. Riverita pasa parte de su infancia al lado de un tío suyo, sujeto asaz inflado y ceremonioso, y parte bajo la tiranía de una madrastra inaguantable que concluye por encerrarlo en un colegio, de donde al fin sale para la vida libre de la universidad y de la casa de huéspedes.

Más tarde enamórase de la generala Bembo, matrona con piel de Julieta y fondo de Mesalina; y entre estos amores y las tareas periódicas, vá desliziándose la vida de nuestro per-

sonaje, hasta que prendado en Santander de Maximina, cácase con ella, en ocasión de hallarse herido y débil con esa debilidad sentimental y mimosa de los convalecientes; con lo que dá fin la obra.

Y al acabar la lectura de su última página, dá comienzo el lector á una serie de reflexiones, que tienen por objeto el contestarse á la siguiente pregunta, que mentalmente ha formulado y que condensa todo su pensamiento. Bien ¿y qué? ¿Y qué? que la obra no está terminada, como ya el mismo autor lo dá á entender claramente con el anuncio de una segunda parte. Y no está terminada, no porque en ella se deje pendiente de resolución ningún problema, ni por desenlazar el complicadísimo nudo de acción ninguna; sino porque de ese pensamiento que, ya sea sugerido por el espectáculo mismo de la realidad, ó bien preconcebido y llevado después ante esta misma realidad para su comprobación y desarrollo, y que preside siempre á la formación de toda obra de arte, dándole á ésta una objetividad ó finalidad cualquiera, adecuada á su índole, siquiera sea la exclusiva de que del estudio social, totalmente hecho, brote alguna útil enseñanza; de ese pensamiento, no llegan á vislumbrarse en *Riverita* sino pequeñas facetas. Así, de no añadirse nada más al presente libro, no pasaría de ser un estudio, bien hecho, pero sin importancia. Daránsela, á nuestro entender, los futuros acontecimientos con que el autor complete su plan, que por lo que se dejó ver, es episódico, como el del doctor Centeno.

En resumen, y siguiendo la comparación con que dimos principio á este artículo, puede decirse que, sin sacarlo de la zona templada, *Riverita* ha colocado al Sr. Valdés muy cerca del estrecho. Cuando aparezca Maximina, haremos un estudio más lato sobre el pensamiento total de la obra.

II

SEGUNDA RISTRA DE AJOS

trenzada y publicada por el doctor Thebussem.

Aunque la cosa viene tardía, al llegar este momento declaro sin rebozo, que desde que años atrás se publicó en España una traducción de Balzac, con el nombre de *Cuentos droláticos*, víme atacado de una comezón ó irresistible prurito de decir, salvo el parecer de sus traductores, que los tales cuentos no habían, por modo alguno, conseguido acertar con los resortes de mi hilaridad. Y cuidado, que cuando emprendí la lectura del librejo, mi ánimo se hallaba limpio de prejuicios, y ni por involuntaria reminiscencia tuvo la osadía de subirme á las barbas ningún precepto, corolario ni apotegma de los consignados en aquellas pedantescas estéticas que reglamentaban y graduaban la risa del lector, según la mayor ó menor moralidad, buena ó mala ley del chiste. Ea más. El encomiástico prólogo de Clarin predispúome á la risa de tal suerte, que ya me retozaba por todo el cuerpo con la esperanza del próximo solazamiento. Así es, que, cuando con la lectura vinieron el desencanto y el malestar, malestar y desencanto que fueron subiendo de punto hasta la repugnancia, ya mi voluntad había sido constreñida á todo lo contrario; y hasta puedo asegurar que hice respecto al libro todo lo opuesto á lo que con la vaina de la espada y la aguja, hicieron la reina Isabel y el socarrón magistrado del cuento, para demostrarles á aquellas quejumbrosas doncellas, cuán blandas y dóciles se habían mostrado ante la *punta de amor que las firiera*.

Pero acto continuo la reflexión me hizo ver varias razones de las que mi instinto adivinaba.

En efecto; yo no comprendo que lo obsceno, por el mero hecho y sola razón de ser obsceno, le haga gracia á ningún entendimiento algo cultivado; como no es motivo de risa para nadie, á no ser para aquel barbarote de hijo de Noé si existiera, el caso aislado y grosero espectáculo de ver á una persona desnuda. Y la verdad sea dicha; los cuentos droláticos, aparte del del magistrado y algún que otro pasaje, no son otra cosa que desnudeces á secas, sin

ingenio ni verosimilitud, y por lo tanto sin gracia. Quédale únicamente al libro; y ésto para los franceses, el sabor arcáico del lenguaje en que está escrito, perdido en la traducción, y además algo del incomparable estilo de Balzac.

Gústanos sin embargo y sobre toda ponderación á los españoles, y muy en particular á los andaluces, todo linaje de cuentos, anécdotas, y *chascarrillos*; y gústannos más mientras con más picantes especias están adobados, y más subido es el *verde de su color*; pero á condición y requisito de ser tan discretos, tan ingeniosos, tan salados y hasta de un sentido tan altamente práctico y filosófico, como lo son casi todos los nuestros. Puede asegurarse, sin que trascienda á patriótica baladronada, que ningún pueblo del mundo los posee iguales, ni en número ni en valía; pues sin contar los que de toda índole y tendencias, forman, casi desde los albores del idioma, volúmenes especiales, ni los que á millares andan esparcidos por nuestra literatura, ni las colecciones modernas, tenemos tantos, que bien pudieran componer, una vez reunidos, toda una biblioteca; y estos son los que todo el mundo sabe y relata, con los que se salpimentan las conversaciones y se entretienen las veladas. No hay persona que no sepa algunos, encontrándose muchas que son inagotables depósitos.

Por consiguiente, ábranse norabuena, como quiere Clarin, de par en par y sin miedo á pedregales, todas las puertas y ventanas, para que por ellas entren á discreción las corrientes de todas las literaturas; pero pareceme que aquello que se nos venga del jaez de los droláticos donaires, será traer agua al mar ó pimientos á la Rioja.

Y por si se necesitara un ejemplo más en corroboración de lo dicho, hace poco ha salido á luz, que bien merecía verla, la segunda edición de uno de los libros más originales, curiosos y bien escritos, no obstante el ser drolático, que de largos años á esta parte se han visto: LA RISTRA DE AJOS.

LA RISTRA DE AJOS es un erudito y graciosísimo discreto que, sobre la etimología de cierta palabra, que á fuerza de estar siempre escondida *donde jamás la dá el sol*, se avergüenza de verse en público, entablaron y áun creo que tienen entablado varios conocidos literatos; derrochando todos ellos á este propósito tal cantidad de lingüísticos primores, picantes agudezas y atinados juicios, que son especie de maravilloso condimento, al través del cual hácese de todo punto imposible al más escrupuloso percibir el nativo mal sabor de la malhadada palabreja, ó bien cinceladas tenazas de oro con que pulcramente cojerla, según la elegante expresión del Bachiller Singilia.

Algunos chocarreros desenfados hanse quedado sin alíño, que si como son pocos fueran muchos, á fé que nos reiríamos con LA RISTRA tanto como con los *droláticos*. Pero afortunadamente no sucede así, y si bien el libro resulta en cueros vivos, no tiene la repugnante desnudez de un Sátiro, sino la esbelta de un Adonis. Se diferencia de lo soez y chavacano, como Quevedo de un playero de Málaga, como el jaleo de una danza de orangutanes, como el bolero del cancan.

Sobresalen de las demás, no obstante no haber ninguna mala, las cabezas siguientes: En erudición, mesura y pureza de lenguaje, las de Singilia, Thebussem y El menor pinche, por lo regocijadas y discretas las de Corzuelo y el Lugareño. Llena de desenvoltura y gracia hasta la plétora y originalísima por su salvaje desfachatez, la del Morisco Alféjamin, excepción hecha de dos innecesarias desvergüenzas (1) que se pasan de castaño oscuro.

Y viene por último la de Justo Rodríguez Alba, que á mi entender, es el *ristrero* que más en camino está de resolver el problema etimológico. Pregúntele sino á cualquier gitano como se llama en su jerga la palabra objeto del debate, y vea si encaja bien en el casillero que deja el autor en blanco después de escribir en él la palabra «Sanscrito». No seré yo

(1) Véanse las páginas 56 y 60 de la Ristra, líneas 14 y 15; y 7 y 8 respectivamente.

quien asegure de toda seguridad haber dado en el clavo; pero nos habremos acercado mucho.

Además, no se yo hasta qué punto podríamos alegrarnos de terminar la cuestión poniendo fin á las investigaciones y con ellas al sabroso manantial de tantos donaires. Siga, pues, para nuestro regocijo y para la mayor firmeza, gloria y esplendor del habla castellana.

Una proposición final:

Para el caso, hartó probable, de que llegue á tirarse una tercera edición, suplico á los señores de LA RISTRA que unan su ruego al mío, á fin de obtener lo único que para corona y remate le hace falta al libro: Una cabeza de don Juan Valera.

¡Pícaro embajada!

NATALIO VIDA.

PERFILES ARTÍSTICOS

MARIO

Tal es el nombre con que es conocido en el mundo del arte el ilustrado empresario y director del teatro de la Comedia.

Grata en extremo es nuestra situación al tratar de un actor que, como Mario, figura hoy en primera línea entre los artistas dramáticos españoles, de un actor que reúne en verdad grandes dotes para el difícil arte que cultiva, que es de continuo festejado y aplaudido y cuyo mérito le ha colocado, en nuestro sentir, á la altura que han alcanzado los primeros actores en estos tiempos.

En la fisonomía de Mario hay un atractivo especial; inspira afecto y confianza, pero confianza que no llega á la franqueza.

Su afición al estudio, su carácter observador, le estimula á tratar á todo el mundo con interés, como si buscara el medio de conocer á fondo sentimientos y genialidades que reproducir más tarde.

Al estudio une la inspiración. Es necesario para conocer su talento, sorprenderle en el estudio de un papel desde que le oye leer al autor de la obra hasta que lo personifica.

Cada día, cada ensayo le proporciona ocasión de escudriñar las intenciones del personaje, de identificarse con él, de darle vida y color, de enriquecerle con efectos, con adornos que aumentan su belleza y á veces le dan lo que no tiene.

Esta es la misión del actor.

En las representaciones sigue Mario trabajando; cada noche, siendo el mismo, ofrece novedad, un interés del momento sobre el interés sustancial, razón por la cual, separándole de la clasificación del oficio, no hemos vacilado en colocarle en su verdadero puesto, como un artista en toda la extensión de la palabra.

A un talento superior, reúne Mario una actividad incansable.

Director inteligente y minucioso, dedica al trabajo todo su tiempo; ensayando comedias se pasa la mayor parte del día, y representándolas la mayor parte de la noche. Por eso en su teatro se representan las comedias mejor que en ningún otro, no sólo por su ejecución, sino por el lujo y propiedad con que son puestas en escena en lo tocante al decorado, muebles, etc.

Mario, según Eusebio Blasco, no se llama Mario; mejor dicho, Mario no es un apellido.

Se llama Mario Emilio Lopez; pero Lopez le pareció á Eguiluz un apellido vulgar para la escena cuando le vió decidido á abrazar la carrera del teatro, y á cambio de un ajuste le exigió que trocarse el nombre en apellido.

Mario fué carabinero; pero su afición no le llevaba á la malicia, y desde muy niño comenzó á hacer comedias en los teatros de aficionados de Madrid, y con especialidad en los del Instituto y Leganitos.

En aquellas sociedades de aficionados comenzaron también á darse á conocer Antonio Zamora y la sin igual Pepita Hijosa.

El año de 1854, ingresó como alumno en el Conservatorio de Declamación, siendo discípulo de D. José García Luna, que le desalentó cuanto pudo.

—¡Nunca serás actor! le decía constante-

mente; y en dos años que le tuvo á su lado no cesó de disuadirle de su empeño.

Guzmán, que opinaba lo contrario, le prometió que había de salir muy pronto al teatro y había de ser aplaudido.

No se engañaba el gran cómico.

En la temporada teatral de 1856 á 1857, se formó en el entonces teatro del Príncipe una compañía que fué objeto de una chispeante caricatura.

Una especie de dómene armado de sus correspondientes disciplinas aparecía rodeado de parvulillos.

El dómene era el inolvidable Guzmán: sus discípulos Olona, Manini, Zamora y Mario.

De los cuatro, sólo Mario ha llegado al fin de su carrera sin vacilaciones ni alteración alguna en el favor del público.

Una comedia de Narciso Serra debía servir á Mario para presentarse al público: *El querer y el rascar...* era su título. Pero la censura la prohibió y el joven actor dió á conocer su natural gracejo en la comedia *Mal de ojo*.

El éxito que obtuvo fué completo.

Desde aquel momento puso todo su empeño en ser actor y lo logró.

Observando al público, corrigiéndose á sí mismo, estudiando á solas, Mario lo debe todo á sí.

Desde su aparición en la escena, toda su vida artística puede condensarse en dos palabras: estudio y aplausos.

Mario tuvo por amigo íntimo á un actor, cuya pérdida nunca lloraremos bastante.

Este actor, se llamaba Fernando Ossorio, era ya el ídolo del público, Mario aprendió á su lado más que en diez años de Conservatorio. Ossorio se le llevó á Alicante de segundo galán y juntos hicieron comedias durante dos años, volviendo de nuevo á Madrid, donde fueron aplaudidos todo un invierno.

Tanto se distinguió, que Julián Romea fijó su atención en él y llegó á ser su predilecto, prueba inequívoca de las revelantes aptitudes que para el arte dramático encontró en Emilio Mario, y es menester haber conocido bien á Romea para saber lo que significaba entre los actores la distinción y preferencia de aquel coloso á determinadas personas.

Mario, desde 1859, comenzó á ser en el gremio actor de Julián, como se decía entre bastidores, y á seguirle á todas partes.

En el verano de aquel año fué con Romea á Cádiz; el invierno siguiente á Sevilla, y desde el subsiguiente de 1861, en que Romea asentó sus reales en el teatro de Variedades, ya Mario no se separó de él un momento.

Cuando murió el gran actor y se dispersó la compañía, Mario propuso á Gaztambide, empresario á la sazón del teatro de Jovellanos, la formación de una compañía de verso.

En esta época comenzó á acariciar la idea de formar una compañía exclusivamente cómica y construir un teatro á propósito para dicho género, entendiéndolo que los actores y las compañías que hacen simultáneamente el género dramático y el cómico, no hacen bien ninguno de los dos, ó flanquean en uno por extraordinaria manera.

Dos veces ha ido Mario á la Habana, y como en la Península, se ha visto allí rodeado de admiradores y amigos.

Regresó á Madrid cuando se terminó la construcción del teatro de la Comedia, con el sólo objeto de realizar sus constantes aspiraciones artísticas en beneficio de la literatura y del arte que más apogeo han alcanzado en nuestro país, y de los cuales podemos estar orgullosos.

Con la apertura del mencionado coliseo comienza la verdadera importancia de Mario y su influencia directa en el movimiento teatral de nuestra patria. El éxito coronó sus esfuerzos, y el favor, creciente siempre, que el público ha dispensado á este teatro, prueba es elocuente de su necesidad.

Inteligencia clarísima y talento flexible, Mario hace todos los papeles y representa todos los caracteres dentro de su género, desde la comedia ligera hasta la alta comedia; galán joven, galán característico, todo en fin, si bien á nuestro entender, donde más brilla es en los caracte-

terísticos, siendo de notar la diferencia esencialísima que media entre unos y otros caracteres todos dentro del propio género y marcados poco más ó menos por una misma idea.

Joven todavía y en la plenitud de sus facultades, todo le sonríe: el arte, la gloria, la familia.

Nunca se descubre en su rostro, siempre franco y leal, la satisfacción que inunda su alma como cuando le rodean sus hijos, como cuando se halla en el seno de la familia.

Mario se halla hoy en el zénit de su carrera, y con su talento puede proporcionar verdaderos días de gloria á la escena española, y contribuir á sacarla de la postración en que por causas que no debemos mencionar ahora, se encuentra sumida de algunos años á esta parte.

En Mario tienen puesta su esperanza los amantes del verdadero arte nacional, y á su lado se agrupan los escritores de mayor valía, los artistas de mayor entusiasmo y los jóvenes que más lisonjeras deudas han contraído con el porvenir.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

SUEZ

(La Arsinoe árabe.)

Suez, que antes de la creación del Canal marítimo que lleva su nombre, tenía el aspecto de un villorrio, con 600 habitantes, es hoy por su movimiento comercial y marítimo en su puerto del mar Rojo, una ciudad importante.

La población está dividida en dos partes bien distintas entre sí: la antigua y la moderna, es decir; la que existía antes de la roturación del istmo y la creada despues. La parte antigua es árabe en toda la extensión de la palabra; pero participa algo de la europea. Este villorrio insignificante tuvo en otro tiempo su razón de ser; pero no parece llamado á obtener ningún desarrollo.

Antiguamente, los pequeños buques de cabotaje del mar Rojo sostenían, entre la costa de Arabia y la de Egipto, un comercio bastante reducido, cuyo desarrollo imposibilitaba, la dificultad de navegar en este mar y la carencia de agua dulce en la ciudad de Suez. La pequeña población de traficantes que se había agrupado en esta tierra árida, sin otro interés que el del lucro, se había resignado á todas las privaciones. El agua dulce era conducida sobre la espalda de los camellos desde las fuentes de Moisés, cuyo oasis, señalado por una gran palmera aislada, se apercibía confusamente desde el terraplen de Suez, y calentada por cuatro horas de marcha á través del desierto, apenas era potable.

Los primeros europeos que se vinieron á morar en esta costa inhospitalaria, sufrieron cruelmente por la privación de aguas. Apenas tenían la necesaria para beber, bajo aquel cielo abrasador.

En cuanto á las obligaciones cotidianas no había que pensar en ellas. Estos primeros europeos eran ingleses, pertenecientes á las compañías Peninsular y Oriental, relacionadas con el camino de hierro de Alejandría á Suez para el transporte de la mala inglesa de las Indias. Júzguese de sus lamentos y de sus quejas considerando que en cierta época del año, el ole en el cual transportan los árabes el agua, y que contiene cerca de 50 litros, se vendía hasta 8 francos, y que esta agua saturada de materias orgánicas que se descomponían rápidamente se hacía inservible tanto para beber, como para el aseo personal.

El gobierno egipcio, comprendiendo que Suez no estaba habitable, acudió rápidamente á los recursos mediante los que se hizo posible la vida. Se estableció una vía férrea entre el Cairo y el mar Rojo. Esta nueva vía llenaba dos fines, trasportaba viajeros y las mercancías, y sobre todo el agua dulce necesaria para el consumo de la población. Llegaba el agua en vagones-cisternas, cuya parte superior podía llevar equipaje; el sistema era ingenioso. A pesar de todo, este remedio era insuficiente; el

agua seguía costando tanto como el buen vino hasta el día en que el canal de agua dulce dragado por la compañía Universal trajo en abundancia este precioso elemento de vida.

Al comienzo del año 1864, el canal de agua dulce llegaba á Suez, con gran sorpresa de los habitantes árabes, que no habían concedido á este proyecto sino una confianza muy limitada. A partir de este día, las condiciones vitales de Suez cambiaron por completo; el pequeño pueblo árabe se convirtió muy pronto en una ciudad de 20.000 habitantes, semi-árabe y semi-europea. Los trabajos del canal marítimo hicieron afluir á ella los obreros, los comerciantes y toda la variedad de industrias que con tanto vigor brotan en los centros de poblaciones improvisadas, para desaparecer cuando las costumbres y los hábitos se regularizan.

De este grande y rápido movimiento han quedado los cafés cantantes y algunos establecimientos análogos, así como la ruleta; la multitud que llenaba los hoteles ha disminuido, es cierto, pero el comercio no se ha debilitado, porque Suez es un depósito para las mercancías de la Persia, de la Arabia, de la India y de la China, y su prosperidad ficticia y esencialmente pasajera de otro tiempo se ha transformado en una prosperidad de sólida base.

Después de conducir el agua dulce á Suez, fué necesaria su distribución por la ciudad. Construyóse un depósito de proporciones grandiosas, cuyos inmensos estanques alimentaban á Suez abundantemente; bastaba abrir un grifo, para inundar un gran espacio de terreno; así se multiplicaron los jardines en esta ciudad en que la vegetación faltaba más aún que en Port-Said.

El camino de hierro creado al principio, para transporte del agua, se hizo innecesario, y fué reemplazado ventajosamente por una nueva vía que se dirige por Ismailia á Alejandría y empalma con la línea del Cairo.

La estación de Suez está situada á la extremidad N. O. de la ciudad, no lejos del depósito de aguas y del magnífico hospital construido por el gobierno inglés para los enfermos y convalecientes de las tropas de la India.

La colonia francesa por su parte, fundó un hospital civil perfectamente montado y que presta grandes servicios. Este hospital fué inaugurado el 15 de Agosto de 1867, y está subvencionado por los ministerios de Marina y de Negocios extranjeros de Francia, admitiéndose en él indistintamente á franceses y extranjeros. Los enfermos están divididos en tres clases. Este establecimiento recibe los militares y marinos franceses que vienen de Cochinchina por Suez.

En cuanto al porvenir de Suez, inspira una gran confianza, porque todo, incluso las construcciones indígenas, lleva un sello especial de solidez y de grandeza.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

SILUETAS CIENTÍFICAS

EL DOCTOR PULIDO

Si la actividad fuera premiada en la profesión médica, lo mismo que lo es en otras, á buen seguro de la Iglesia española, y el capelo, cardenalicio que entonces cubriría su cabeza, indicaría que había llegado á la más alta jerarquía científica. Porque ¿quién concibe en España un hombre que, disfrutando de una envidiable posición social, consagre en absoluto su vida á visitar enfermos, escribir como redactor en dos periódicos y como colaborador en otros, y publicar libros, con lo que obtiene los suficientes recursos para vivir él y su familia? Seguramente que nadie. Y por esta razón es mucho más digno de aplauso el trabajo que este médico laborioso se toma para hacer lo que otros no hacen, que es contribuir á que la ciencia española progrese.

Pulido es un práctico, un escritor y un orador. Lo primero lo anhelan ser todos los médicos, y si alguna vez consiguen serlo, critican á aquellos que, según ellos, pierden el tiempo escribiendo ó hablando, en vez de dedicarse al

objeto principal, y en su concepto, único de la profesión.

Pero ¡raro fenómeno! precisamente los más notables médicos del extranjero, aquellos que distribuyen su día en la visita al hospital, las operaciones en el anfiteatro, las lecciones en la cátedra, las vistas *en ville* y la consulta en su gabinete, tienen sin embargo tiempo suficiente para publicar varios artículos al cabo del mes en los periódicos, y un libro cada año, viniendo á desmentir aquel axioma tan vulgar como general, que en España el médico de gran clientela no puede consagrarse á otra cosa que á sus enfermos.

Este fenómeno tiene una sencilla explicación. Todo el tiempo que los prácticos consagran á pasarlo sentados tras la mesa del café ó en la trastienda de la botica, conversando ó descifrando charadas, lo dedican los otros á escribir. Esta es la sola diferencia.

D. Angel Pulido comenzó su carrera médica el año 1874, haciendo oposiciones á una plaza de Sanidad Militar, obteniendo uno de los primeros números entre más de doscientos opositores. Fué destinado al hospital militar de Chafarinas; pero como la vida pasiva que allí se vió obligado á hacer, se aviniera mal con su carácter activo, pidió la licencia absoluta. En el mismo año hizo oposiciones á las plazas de médico de Sanidad de la Armada, obteniendo el número 1 entre más de 60 opositores, siendo destinado al hospital militar del Ferrol. De nuevo pidió y obtuvo la licencia absoluta en el mismo año de 1874.

Pulido ha sido uno de los colaboradores más activos que tuvo el inolvidable don Pedro Gonzalez Velasco para hacer prosperar el Museo que á su iniciativa debe Madrid. Durante siete años desempeñó la dirección de la Escuela libre de matronas, en la que explicó otros tantos cursos, pasando á ser director del Museo á la muerte del doctor Velasco, por disposición testamentaria del fundador.

Pocos serán los médicos que con mayor constancia que el doctor Pulido hayan contribuido al desarrollo de la prensa profesional en España. En los años 71 y 72 dirigió *La Gaceta escolar*, y desde el 74 al 82 *El Anfiteatro Anatómico Español*. En la actualidad es redactor del acreditado periódico *El Siglo Médico* y redactor propietario de *El Genio médico-quirúrgico*.

En las corporaciones científicas ha desempeñado importantes cargos. Fué vicepresidente de la *Sociedad Anatómica Española*, fundador y vicepresidente de la *Ginecológica*, vicepresidente de la de *Higiene*, miembro de la *Real Academia*, y en todas ellas ha tomado parte muy activa.

Es imposible el agrupar las obras que han salido de la pluma del Dr. Pulido, para que tenga algún conjunto su enumeración, pues son éstas tan variadas, que ningún punto de contacto hay entre unas y otras.

Las hay eminentemente técnicas, que tratan de un punto concreto de clínica; otras que se refieren á asuntos filosóficos; algunas que hacen la descripción de viajes y excursiones científicas.

Las más notables entre todas son: *Bosques médicos sociales para la mujer*, *Congreso dosimétrico*, *Sobre el carbunco*, *Estrangulación interna*, *El paludismo en Madrid*, *Un buen tratamiento de hidrocele* y *Las grandes conquistas de la medicina*. Ha traducido *El tratamiento de enfermedades de mujeres* de Barnes, y *La ciencia y el arte de la cirugía* de Erichsen.

El año 1883 publicó un libro titulado *De la medicina y los médicos* que lleva un extenso y notable prólogo de D. José de Letamendi, en el que están agrupados una porción de asuntos tan heterogéneos como interesantes. Otro de los libros más curiosos de Pulido, es uno que trata de todo cuanto puede interesar en París al médico español que visite aquella capital. Hospitales, manicomios, museos médicos, facultades, etc., etc., todo está perfectamente bien tratado, con tanta claridad como conocimiento.

Cuando el verano pasando el cólera comenzaba á azotar algunas provincias de Levante, y Ferran daba á conocer por primera vez su método preservativo contra el cólera, Pulido, en su afán por investigar y conocer todo lo nuevo, se trasladó á Alcira en compañía del doctor Serret, director de *El Genio Médico* y redactor también de *El Siglo Médico*, en donde estudió detenidamente el problema de la vacunación preservativa del cólera, volviendo á Madrid tan convencido de que el problema estaba en gran parte resuelto, que muy pronto comenzó una campaña periodística, la cual no ha cesado hasta bien terminado el otoño.

Al mismo tiempo que la pluma, la elocuente palabra de Pulido fué puesta á disposición del tan combatido sistema, y en la Academia Médico-Quirúrgica, en la Sociedad de Higiene, y en el Ateneo, especialmente, lució sus grandes dotes oratorias y sus profundos conocimientos, todas las innumerables veces que terció en los debates.

Pulido es la encarnación de la actividad. Jamás permanece ocioso. Terminadas que son sus tareas profesionales, bien pesadas por cierto, se consagra con un anheloso afán á escribir un artículo de propaganda, al estudio del último asunto científico que ha parecido en la revista ó en el libro, á la confección de un volumen para la publicidad, ó á preparar un discurso para la Real Academia de Medicina.

«No comprendo (dice el doctor Letamendi en el prólogo de *La Medicina y los médicos*) por qué se ha de llamar *Angel Pulido* á un mozo que por lo tallado, fornido, resuelto y propenso á soltar una fresca al mismo lucero del alba, aunque se le presente de frac, tiene toda la traza de un *ángelito por pulir*. Y no se tome á disfavor el retruécano, pues precisamente esa virilidad de arcángel, esa archiangelical ingenuidad del varón, absolutamente desprovista de todo convencional pulimiento son las prendas que á mí más me atraen y llenan de su persona y trato.

Pulido me hace el efecto de las estatuas de la plaza de Oriente ó del Retiro; como ellas es todo carácter, todo espontaneidad y tan sin retoques ni artificios que, por no engañar al mundo hasta le deja ver la gruesa juntura de las dos piezas de que, á semejanza de aquellos reyes de piedra, estamos todos formados, y que en la persona de mi amigo son, un alma como pocas y un cuerpo como muchos, cuya unidad y firmeza afianza interiormente el espigón de una voluntad de hierro.»

El doctor Pulido tiene también sus ribetes de político. Está afiliado al partido posibilista; pero esta afiliación está escrita en caracteres tan borrosos, que nada de extraño tendrá que el día menos pensado no se alcance ya á leer aquel adjetivo, en cuyo caso lo reemplazará, á no dudarlo, por el de progresista democrático. En verdad que un hombre tan activo, tan amante de los grandes recursos, y que por nada ni por nadie se arredra, se amolda mal á los escrúpulos de monja de las huestes posibilistas.

LOS ESPAÑOLES EN AFRICA

No ha querido España dejar de aportar su grano de arena á la ímproba tarea de exploración que las naciones civilizadas se han impuesto en Africa, y allá en vió á algunos de sus hijos, quienes, en la modesta esfera que permitían los recursos arbitrados por una sociedad privada y los suministrados por nuestro exausto Erario público, han realizado viajes y exploraciones, de que dieron cuenta á sus compatriotas en el Ateneo de Madrid la noche del jueves 20 de Mayo de 1886.

Numeroso público de ambos sexos llenaba las tribunas y el salón; grandes mapas pendían á uno y otro lado de la Cátedra. Ocupó la presidencia el Sr. Coello, presidente de la *Sociedad de Geografía Comercial*, propulsora y

protectora de los trabajos de exploración y colonización en España; á la derecha del Sr. Coello, se sentó el Sr. Montes de Oca, andaluz, capitán de navío, gobernador de las posesiones españolas en el Golfo de Guinea, entusiasta colonizador y cultivador de Fernando Póo, y hombre joven, por más que los padecimientos y los rigores de aquellos climas hayan puesto en su fisonomía las señales de la vejez.

A la izquierda del Sr. Coello se sentó el Sr. D. Manuel Iradier, vascongado, de 32 años, ingeniero y doctor en Filosofía, que ha consagrado lo mejor de su vida y de sus fuerzas á hacer exploraciones en Africa, ora solo y por cuenta propia, ora acompañado del Sr. Ossorio, y por encargo de la *Sociedad de Geografía Comercial*. Las enfermedades sufridas en las tierras africanas, y los padecimientos contraídos, han debilitado su robusto cuerpo, y le han obligado á retirarse por ahora de esta clase de trabajos, á los que ha sentido desde niño decidida inclinación.

A la izquierda del Sr. Iradier se sentó el Sr. Ossorio, asturiano, doctor en Medicina, persona instruídísima, que habla varias lenguas y tan aficionado á viajes y exploraciones, que mucho antes de que se pensara en la constitución de la *Sociedad de Geografía Comercial*, ya se preparaba para hacer excursiones por Africa, estudiando el árabe vulgar. Lazos de familia le retenían en España; pero una vez rotos desgraciadamente por la muerte, se apresuró á ofrecer sus servicios á la sociedad recién constituida, aportando 5.000 pesetas, la mayor de las cantidades suscritas y la quinta parte de la suma total, al fondo recaudado para la exploración. Dos años ha pasado en Africa, prestando grandes servicios á la ciencia y al país, que, como decía el Sr. Montes de Oca, nunca le agradecerá bastante España. Ha regalado á la *Sociedad de Geografía Comercial* una preciosa colección de cosas y objetos recogidos exclusivamente por él, que forman un pequeño museo que ya nos envidian las naciones extranjeras.

La velada comenzó con un discurso de presentación del Sr. Coello, que extractamos á seguida con los demás de la sesión.

La memoria del Sr. Ossorio vá íntegra.

EL SR. COELLO,

Doy las gracias al Ateneo por habernos ofrecido este local para nuestra conferencia, y voy á presentar al numeroso concurso los viajeros africanos.

Há mucho tiempo que los que en España nos ocupamos en cosas de Geografía, queríamos hacer exploraciones y viajes por las regiones de Africa, próximas al golfo de Guinea, á fin de reconocer más de 300 kilómetros de territorio que allí se nos había anexionado voluntariamente. No pudimos realizar nuestros deseos, y todo lo que en aquellas costas poseíamos estaba abandonado.

Creose una sociedad para hacer exploraciones en Africa; pero no pudo llevar á cabo ninguna, por falta de recursos, pues cuantas veces se le pidieron al gobierno los negó.

El Sr. Iradier intentó fundar en Alava otra sociedad con el propio objeto; y en 1874, hizo á su costa, una exploración por la cuenca del río Muni, de que luego daré cuenta.

Así quedaron las cosas, hasta que á fines de 1883, se celebró el *Congreso de Geografía Comercial*, donde se agitó de nuevo la cuestión, Constituyóse á poco la *Sociedad de Africanistas y Colonistas*, hoy de *Geografía Comercial*, entre cuyos fines, figuraba como primero el de hacer exploraciones en Africa. Se hizo una cuestión, que si no dió para emprender los trabajos en grande escala, produjo los recursos suficientes para intentar un ensayo en pequeño.

El Sr. Iradier, renunciando un puesto ventajoso que ocupaba, se brindó desde luego á la Sociedad. El Sr. Ossorio, no solo se brindó, sino que contribuyó con 5.000 pesetas, la mayor de las sumas recaudadas hasta entonces.

Terminados todos los preparativos, la expedición emprendió el camino en Julio de 1884.

Por desgracia antes de que nuestros viaje-

ros llegaran á Africa, los alemanes se habían apoderado de casi toda la costa. Solo hemos podido salvar una pequeña entrada de 74 kilómetros, restos del territorio que se nos había anexionado voluntariamente.

Los Sres. Iradier y Ossorio, para no perderlo todo, penetraron en el interior, recorrieron la cuenca del Muni y la recobraron para España.

Complicaciones que se temían con otras potencias, y una enfermedad grave que aquejó al Sr. Iradier, hicieron que se suspendieran las exploraciones por entonces.

Algún tiempo despues, el Sr. Costa gestionó y obtuvo del gobierno, que se dieran órdenes para proseguirlas y que se proporcionaran recursos. El Sr. Montes de Oca, gobernador de Fernando Poo, recibió las órdenes pero no los recursos. Arbitró como pudo, quince mil pesetas, y con diez mil más que le entregaron los frailes establecidos en Santa Isabel, intentó, acompañado del Sr. Ossorio, una nueva expedición por la parte alta del Muni y las cuencas del Noya y del Benito.

Enfermó el Sr. Montes de Oca y tuvo que regresar á la costa, dejando solo al Sr. Ossorio, para que recorriera la parte que quedaba por recorrer.

En el intervalo de una y otra expedición, el Sr. Ossorio había recorrido la costa, recojiendo datos y observaciones. Cayó enfermo y recibió de España noticias de la muerte de su padre, intereses de familia le llamaban á su país; pero todo lo pospuso ante el interés de la patria, y en Africa ha permanecido hasta que, hace poco, regresó con el Sr. Montes de Oca.

De estas exploraciones ha resultado, que se ha afianzado nuestra dominación en aquellos parajes, que se han celebrado convenios con más de 300 jefes africanos, que se han recogido datos importantes para la ciencia, y que nos hemos anexionado una extensión de más de 14 kilómetros cuadrados. Nuestras posesiones en aquella región, tienen por límites el río Campo, la Sierra de Cristal y el Noya, hasta la punta de Santa Clara.

El Sr. Coello terminó afirmando que España dará seguramente un voto de gracias á los viajeros, que han sabido sacrificarse por su bien.

EL SR. IRADIER.

Desde 1868 venía abrigando la idea de hacer una exploración por el interior de Africa, y convencido de que empresa tan grande era imposible para las fuerzas de un hombre solo, fundé una sociedad que se llamó *La Exploradora*, y que por espacio de seis años prosiguió sus trabajos.

En 1874, comprendiendo que un viaje de esta clase es muy difícil de realizar sin haber practicado antes algunas pruebas, y haber sufrido el aprendizaje, emprendí una exploración de ensayo.

Estuve en Canarias bastante tiempo perfeccionando y ensayando mis instrumentos, y después de arreglado todo y listo el equipaje, me embarqué para el Golfo de Guinea.

Ha dicho Stanley que Dios envía á Africa á los que tienen algo que purgar en este mundo, y la frase resulta cierta por los tormentos y sinsabores que se pasan en aquel país.

Convencí á algunos negros para que me acompañaran, y emprendí mis exploraciones primero por las islas y luego por el interior.

Desde Corisco pasé á Cobo de San Juan, río Aye y la Sierra Poluvialle, y recorrí los territorios de los Vicos, los Vengas, los Volengues, etc., etc. Acompañado unas veces por un solo criado, y otras por tres ó cuatro, mojado casi siempre, pasé cinco meses recorriendo el país en varias direcciones.

A consecuencia de un naufragio y de lo insano del Muni, enfermé y estuve tres meses sin médicos ni medicinas.

Mis padecimientos y la muerte de mi hija me resolvieron á volver á España, no sin antes emprender una exploración, la más larga que hasta entonces había realizado, á las vertientes orientales de la Sierra de Cristal.

Con los datos recogidos pude trazar un proyecto más exacto de exploración; pero tales obstáculos se me opusieron, que tuve que renunciar.

Trece años consagrados á trabajos Geográficos, habían debilitado mi espíritu, cuando tuve noticia de la constitución de la *Sociedad de Africanistas y Colonistas*, á la cual ofrecí mis servicios, que aceptó, encomendándome la dirección de la exploración que proyectaba.

En Julio de 1884, partí con el Sr. Ossorio para el golfo de Guinea.

En los mismos momentos en que salíamos de España, una escuadra alemana, anexionaba al Imperio todas las tribus ribereñas. De 300 kilómetros que allí poseíamos, 286 nos arrebataron, no dejándonos más que una pequeña boca de 74 kilómetros de costa, para penetrar en el interior.

Como no llevábamos instrucciones del gobierno, nos decidimos á penetrar en el interior, y á anexionarnos los territorios que encontramos libres. Recorrimos las cuencas del Muni y sus afluentes, conquistando para España catorce mil kilómetros cuadrados, y la soberanía sobre 101 jefes indígenas.

En este viaje, tuvimos que prodigar regalos, resolver litigios y concurrir á las fiestas.

Al día siguiente de haber anexionado una de las orillas del Utamboin, los *pamues* nos preparan una emboscada, que deshizo el jefe negro de nuestra expedición.

Una enfermedad me obligó á suspender el viaje y á regresar á España.

La cuenca del Muni, anexionada por el doctor Ossorio, es un valle inmenso, circundado por elevadas cordilleras y regado por muchos rios, que forman una red de canales navegables en su mayor parte. El suelo es riquísimo, y se dán en él vegetales de gran valor. El clima enfermizo; enviar allí españoles en colectividad, sería enviarles á una muerte segura. Sin embargo, la gran riqueza del suelo hace que muchas casas alemanas estén establecidas á lo largo de los rios, y que, á medida que escasean el marfil y el aceite de palmera, se dediquen al cultivo del café, el cacao, etc.

La obra comenzada por la *Sociedad de Africanistas y Colonistas*, no está concluida. Los portugueses han formado allí una gran colonia, los alemanes tampoco se duermen; y considero importante el abarcar el afluente del Congo, para que en su día podamos extendernos por el interior de Africa.

Si mi salud me lo permitiera, me ofrecería en cuerpo y alma para las futuras expediciones que haga la *Sociedad de Geografía Comercial*; pero por ahora he quedado inútil para estos trabajos.

No concluiré sin hacer constar que todas estas exploraciones y engrandecimientos de España en Africa, se han realizado sin que se escriba en nuestra bandera el nombre de una sola víctima, ni haya corrido sobre ellas una gota de sangre humana.

EL SR. MONTES DE OCA.

Encargado por el gobierno en Junio de 1884 para hacer una exploración por las cuencas del río Benito y sus afluentes, me encontré sin recursos. Traté de adquirirlos y los encontré.

Me puse en connivencia con el Sr. Ossorio, á quien tanto debe la nación en estas empresas, y cuyas dotes y servicios nunca se elogiarán bastante.

Salimos de Fernando Póo, y al llegar á Elobey ya se habían realizado los acontecimientos de las Carolinas, en los cuales tuvo mucha parte la apatía de nuestros anteriores gobiernos.

Ocupé Annobón para que no ocurriera lo de las Carolinas, y confíe la representación del gobierno á unos religiosos allí establecidos. A poco llegó un buque alemán á aquellas aguas.

No tenemos un solo comerciante en las colonias del Golfo de Guinea, por manera que allí lo que hacemos realmente es dar una guardia de honor á los comerciantes extranjeros.

Me embarqué con el Sr. Ossorio y nos dirigimos al Continente. Penetramos por el No-

ya, afluente del Muni, y recorrimos después el Utamboin y otros rios, pasando del Muni al Benito.

Al llegar á Ayalmauban, los indígenas no quisieron pasar adelante. El Doctor Ossorio cayó enfermo. En Utamboin encontramos gente más animosa.

Subimos al Monte Sumba; volvimos á Dembo, y nos encontramos de nuevo sin gente.

Un hombre había declarado antes de morir que una mujer le había envenenado. La sentenciaron á muerte y la decapitaron. Entonces los indígenas se decidieron á acompañarnos.

Llegamos á Engañelo, y el jefe salió á decirnos que los negros se morían en seguida que veían á un blanco. Gran trabajo nos costó convencerle de que no era así.

En Engañelo no teníamos que comer. Durante más de quince días nos alimentamos de plátanos.

De Kuembo pasamos al río Benito.

Fuimos anexionando los pueblecitos del Benito y allí concluí mi misión por enfermo, continuando la exploración el Sr. Ossorio.

EL SR. OSSORIO

SEÑORAS Y SEÑORES:

«Decir que España está vivamente interesada en todas las cuestiones que se relacionan con las costas septentrional y occidental de Africa, es decir una vulgaridad y afirmar un hecho que ya nadie pone en duda. Amante de mi patria tanto como puede serlo de la suya cualquiera de esos extranjeros que ponen el pié en el continente misterioso, así para beneficio de su país como de la humanidad entera, venía contemplando desde hace años con honda pena á esta nación sumida en el más profundo sueño sin que nada bastase á despertarla, hasta que la suerte quiso que del *Congreso Geográfico* que tuvo lugar en fines de 1883, y en el que se debatieron muy importantes puntos, naciese una sociedad que llevaba el nombre de Africanistas y Colonistas que daba principio á sus trabajos enviando sin tardanza una expedición al Africa Oeste-ecuatorial, y no vacilé entonces un momento en contribuir, en la medida de mis débiles fuerzas, á devolver á España la influencia que por la incuria de unos é impericia de otros y también por causas inevitables, había perdido en el golfo de Guinea.

En la desaliñada y breve reseña que voy á hacer de mis excursiones por los indicados países, prescindiré de entrar en detalles que no tienen cabida en un pequeño bosquejo, ó que son ya conocidos por las relaciones de mi amigo y compañero, el Sr. Iradier. Nada, pues, diré de las peripecias que ocurrieron á la expedición antes de tomar el vapor en la isla de la Madera, ni nuestro paso por Dakar y treinta y tantos puertos más en que hizo escala el vapor *Lagos*, que nos conducía, en algunos de los cuales se desarrolla tan activo comercio á la llegada de estos correos ingleses, que su cubierta se trasforma como por encanto en animada feria, y por los resultados de sus operaciones bien merecen el nombre de *facto-rias ambulantes* aquellos grandes camarotes repletos de variados géneros, de los diez ó doce marineros que tripulan el barco. Pero creo oportuno llamar la atención hacia un hecho desatendido aún, y en que no se ha parado ninguno de nuestros gobiernos, cuyas consecuencias afectan á ese gran número de españoles que, en cumplimiento de un deber, tienen que dirigirse á esa parte del globo; me refero á la preparación que se va operando en el individuo durante la larga travesía desde Santa Cruz de Tenerife hasta Fernando Poó, produciéndose en él un estado anémico muy marcado, á consecuencia de las detestables comidas que suministran las compañías inglesas, que le hace sumamente accesible á la fiebre: tal es la causa principal de que se vean atacados por ella, á poco de su llegada, la mayor parte de los que visitan la última de las eopresadas islas, y la que ocasiona la muerte de aquellos soldados que regresan á la Península en estado convaleciente de la fiebre africana que han padecido. Si para comer los manja-

res que se presentan en la mesa de primera se necesita buen apetito y estómago vigoroso, para los de la segunda es indispensable el incentivo del hambre.

Pero apartemos la vista de este triste cuadro, para dirigirla á las costas de Fernando Póo, cuyas galanas montañas, frondosa vegetación y selvas seculares forman agradable contraste con esa costa baja, árida en unas partes, de tupidísima arboleda en otras, que se vá viendo en tan molesta travesía. Aquella hermosa isla, que bien puede llamarse «Cuba Africana,» y la envidia de las demás naciones, goza de todos los climas, y su suelo es por consiguiente, susceptible de todos los cultivos. Con la autoridad que me concede mi carácter de médico, por un lado, y los informes fidedignos que he adquirido, por otro, no vacilo en afirmar que Fernando Póo es el punto más saludable de la costa occidental de Africa, á la vez que su situación central la coloca en excelentes condiciones para desarrollar un importante comercio, y su posición topográfica la dá también cierto valor estratégico. Su suelo es feracísimo, produciéndose los estimados artículos de cacao, café, caña de azúcar, maiz, tabaco y quina en abundancia extraordinaria, y todo de la mejor calidad, encontrándose además magníficos pastos, que permiten dar gran impulso á la industria pecuaria, no explotada en regla hasta la fecha por nadie; y sus aguas, tanto de manantial como de río, son perfectamente potables, é incomparablemente mejores que las que se beben en muchos sitios de nuestra España.

El indígena de allí, llamado antes Anayca, y hoy conocido con el nombre de Bubi, que le fué dado por los ingleses en el trascurso de los años de 1827 á 1842, época en que se les había consentido el establecimiento de un puesto militar, es pacífico, aunque perezoso y refractario en altísimo grado á toda instrucción, y la desconfianza con que mira al blanco, proviene, en mi sentir, de la imprudencia y falta de tacto con que de ordinario se ha procedido por parte del europeo con el negro.

Limitándome á un sólo hecho, diré que nada exacerba tanto el carácter del bubí, como el que se le arranquen sus palmeras, que mira con veneración religiosa y constituyen su única fuente de riqueza, y que esto ha sucedido por desgracia con alguna frecuencia. Tampoco creo del caso detenerme á relatar las costumbres de este pueblo harto conocidas ya en Europa, aunque bien merecen correctivo algunas de las erróneas afirmaciones que no há mucho publicó en una Memoria leída en la Sociedad Geográfica del Havre, un viajero polaco.

A unas doscientas cuarenta millas de distancia de esta isla, se encuentran las otras también españolas de Elobey y Corisco, si unidas indudablemente un día al Continente, y que á pesar de su exigua superficie constituyen para España una posesión tan preciosa como la de Fernando Póo, cuya conservación debe ser objeto muy especial de los cuidados de todo buen gobierno, si la posición de la última no es favorable al establecimiento de factorías, por su alejamiento de la costa más que las primeras. En cambio su suelo daría no pequeños rendimientos en productos tropicales, principalmente en cacao y tabaco; por el contrario, la importancia de las dos isletas de Elobey, estriba principalmente en las ventajas inapreciables que reúnen para el establecimiento de casas de comercio y depósitos, tanto de víveres y combustibles como de todas las mercancías procedentes de las factorías del Continente, ya que en ellas se encuentran los comerciantes á cubierto de los ataques de los indígenas y de las más temibles embestidas de las fiebres.

La llamada Elobey chico, en la que ya existen tres factorías alemanas y dos inglesas, que manejan cuantiosos capitales, ha adquirido rápido y gran desarrollo, desde que se estableció allí el subgobierno, en Marzo de 1884, gracias al feliz acierto del Sr. Montes de Oca, al designar al celosísimo oficial Sr. Shelly para el desempeño, aunque interinamente, de este cargo, y á la concurrencia de nuevas factorías, que huyen de las posesiones francesas de Ga-

bon y parte del Sur de ésta, por los altos impuestos con que el gobierno de la nación vecina los obruma.

Mirando desde aquí al Este, se descubre la boca del río Muni, que en los primeros días de Agosto de 1884, era objeto de animada conversación ó debate entre el gobernador de Gabon y el ilustre explorador Dr. Nachtigal, muerto prematuramente para Alemania en aquella costa, señalando con sus estrechos islotes el camino que siguen constantemente las considerables cantidades de valiosos productos africanos, que van á los mercados europeos por la casi exclusiva mediación de los negociantes de Liverpool y Hamburgo.

Uno de sus principales brazos, el río Noya, por su gran anchura y calado de tres á cuatro metros en el canal, que corriendo cerca de la isla Ebongüe vá próximo á la orilla derecha de dicho río, puede alimentar un activo comercio fluvial aún para embarcaciones grandes que no sean de fondo plano, en tanto que las de esta clase pueden eutrar en el mismo río, no obstante sean de muchas toneladas de carga, de 20 á 25 millas más adentro de su boca.

En la misma extensión es navegable el Utamboin, á contar también desde su desembocadura en el Noya, y, aunque en menor escala, son asimismo excelentes vías fluviales sus otros tres afluentes: el Bañe, el Utongo y el Kongüe, presentando de este modo el citado río Muni la forma de un inmenso abanico abierto, por cuya razón riega un vastísimo territorio en productos ambicionados en Europa.

A orillas del río Noya florecen nueve factorías, siete en el Utamboin, seis en el Bañe, cuatro en el Utongo, dos en el Kongüe y otros dos en la isla Ebongüe, habiendo establecido además há pocos meses los alemanes un pontón en las inmediaciones de esta isla. Estas ligeras indicaciones bastan para formar cabal idea de la importancia comercial del indicado río y de los motivos que tiene Francia para desplegar todos los recursos de su astuta política, á fin de conservar siquiera sea una parte de lo que tan descaradamente arrebató á España á fines del año 1883, y mediados del 84, por más que aparezcan otras cosas, enfrente de la invasora política colonial del canciller de hierro que ha hecho necesaria la reunion de una comisión de límites.

Me atrevo á decir que el río Muni tiene hoy por sí solo tanta importancia como todo el largo trayecto de costa que se extiende desde su embocadura hasta río Campo, ya que éste, el puerto de Bato y río Benito exportan únicamente goma y algo de aceite de palmas, mientras que del Muni sale en muy grandes proporciones goma, marfil, aceite, hueso del fruto de palma y hermoso ébano, ya porque, aunque caudalosos, aquellos sólo son navegables en una extensión de quince á diez y ocho millas, hallándose luego interceptada la navegación por grandes cataratas, en tanto que por los cinco principales brazos afluentes que constituyen el río Muni pueden penetrar embarcaciones de gran porte á mucho mayores distancias; reuniendo dichos brazos la ventaja especial de seguir diferentes direcciones y establecer por consiguiente comunicación con muy distintos pueblos, de suerte que ellos juntamente con los afluentes de río Benito forman una magnífica red de comunicaciones, que en su día sabrá aprovechar el comercio europeo aún mejor que hoy.

Lástima que el de España se haya dejado suplantado por el de otras naciones en comarcas donde estaba llamado á ejercer un predominio absoluto. Porque debo advertir que su comercio crece de un día para otro, y que ya no sufre las interrupciones motivadas antes con harta frecuencia por cuestiones de poca monta surgidas entre los indígenas, puesto que hoy arreglan sus desavenencias acudiendo á la mediación del subgobierno español de Elobey, cuyas decisiones son para ellos ejecutivas, produciendo tal estado de cosas un inmenso beneficio á aquel comercio.

Dicho esto por vía de introducción, haré una reseña muy sucinta de mis excursiones por la costa y por el interior. El viaje que hice en

compañía del Sr. Montes de Oca, abraza, como él mismo acaba de decir, toda la región extendida desde el valle superior del río Oya hasta el mismo curso del Benito, y se llevó á cabo, parte con fondos suministrados por el gobierno español, parte con recursos facilitados por la Sociedad de Africanistas, sobrantes de la expedición anterior. He de comenzar así, porque al Sr. Montes de Oca se le ha olvidado hacerlo. En cuanto á la tercera expedición realizada por mí, sólo comprende toda la comarca más alta del río Campo, cuyo curso seguí en dirección N. E. descendiendo luego al S. O. hasta encontrar río Benito, aparte de las otras excursiones que realicé á lo largo de la costa, á fin de adquirir detalles exactos acerca del inícuo reparto que habían hecho entre sí franceses y alemanes de los territorios marítimos comprendidos entre la punta Santa Clara y el citado río grande, territorios de cuya propiedad gozaba España sin que nadie osara disputársela hasta los años 83 y 84.

Deseaba, pues, conocer las ocupaciones hechas por alemanes y franceses en la costa española desde el cabo de San Juan hasta el río del Campo, y aprovechando una ocasión favorable, me embarqué en Elobey para llegar á Bata, donde existen factorías alemanas é inglesas y un puesto militar francés. Allí desembarqué y seguí toda la costa del Norte, marchando á pié por la orilla del mar, y teniendo que hacerlo descalzo en más de una ocasión. Llegué así á la desembocadura del río Campo, donde los franceses han establecido otro puesto en el pueblecillo de Plato, encontrando al paso varios pueblos, algunas factorías y las desembocaduras de ríos no señalados en los mapas. Regresé luego siguiendo casi el mismo camino, por la costa, pero continuando por toda ella al S. de Bata, y hasta llegar á la punta Mosquitos, más próximo á Elobey que al Cabo San Juan; y donde volví á embarcarme. También en esta segunda parte visité nuevos pueblos, factorías y puestos extranjeros señalando otros detalles. El más esencial es el de las ocupaciones alternadas que habían hecho en la costa alemanes y franceses, celebrando los segundos contraos con todos los jefes con quienes no habían tratado los primeros. Los mástiles que sostenían banderas de ambas naciones se hallaban tan inmediatos en algunos puntos, que parecían los postes de un telégrafo eléctrico.

Dos jefes del territorio entre el río del Campo y San Benito, y otros dos al S. de éste que habían escapado á las investigaciones de los agentes franceses y alemanes, aceptaron con entusiasmo la soberanía española, á pesar de las amenazas que no dejaban de hacerles nuestros vecinos.

En los primeros días de Enero de este año, realicé mi última expedición, penetrando con la cañonera en el río del Campo ó Etembre, como lo llaman los indígenas, y llegando al pueblo de Yengüe, á donde sólo suben los barcos, hallándose luego las cataratas de Bocoya, y Ruca que impiden la navegación. Seguí luego por la orilla izquierda del río que procede del Nordeste, viéndolo por los pocos claros que dejan los bosques espesos y continuos, oyendo otras veces próximo el ruido de sus aguas y alejándome más en otros puntos. Volví á acercarme al río y aún lo crucé para llegar á la población Mena de la isla Bikon, la cual siendo de gran extensión tiene una jornada de ancho y más de largo. Siguiendo otra vez por la orilla izquierda llegué al punto de separación de los dos brazos del río, y más ó menos distante de sus márgenes continué hasta llegar al monte Bimbilibi, próximo al río, y que presentando su cima desnuda de árboles, lo que sucede en muy pocos casos, propúseme explorar el país contiguo. Subí á su cima y desde allí se descubrieron al Norte varias cadenas de elevadas montañas que marchan de Orientes á Poniente, y alguna más lejana todavía al Sudoeste. Próximo á dicho monte se halla la gran catarata Momana Malole, que también visité, y torciendo mi camino como lo hace también el río que hasta aquí viene del Sudoeste, llegué al pueblo de Eluma, no lejos de río Cam-

po, y en que principian las vertientes del río Eyo ó San Benito.

Al marchar hacia éste y en el resto de la expedición, tomé la dirección del Sudoeste, siguiendo primero próximo al río Mombé que crucé algunas veces hasta llegar á la confluencia del Benito, llamado Volo en la parte superior, y que forma en ella otro recodo notable procediendo antes de la parte del Sudoeste. Continué más ó menos alejado de la orilla derecha del San Benito, hasta cruzarlo por bajo de la catarata Yobe, que marca el límite de la navegación en el mismo, para llegar al pueblo de Usenye, situado en la orilla izquierda y donde existe una buena factoría alemana. Tuve ocasión de señalar algunas montañas importantes y otras afluentes, así como visité una porción de poblaciones, muchas de ellas arruinadas y abandonadas por las luchas de los indígenas.

En todas las que tenían habitantes y que llegan á 109, dejé documentos acreditando la soberanía de España en aquellos territorios, y entregando banderas á los jefes más importantes del país.

Sin tiempo para entrar en mayores detalles, que serán objeto de una memoria extensa, que daré en breve á la estampa por conceptuarlo de gran interés, voy á consagrar el resto de la conferencia (y os prometo ser muy breve,) á dar una noticia sucinta de algunas de mis observaciones personales sobre etnografía y costumbres de las tribus negras que habitan la zona recorrida por mí, siquiera tenga que limitarme á hechos aislados y extractados de mis apuntes al acaso.

Son muchas y por demás extrañas las peripecias que á cada paso ocurren al viajero africano. En mi marcha por la playa, de regreso de río Campo ó Etembre, hallábase enfrente al pueblo Ebongo, su jefe Ekoko, rodeado de unos veinte hombres armados de escopetas y lanzas, á quienes dió orden enseguida que nos acercamos de prender á dos de los seis negros que me acompañaban; y como yo le preguntase la causa de tan extraña medida, me respondió en mal inglés, que el cacique del pueblo á que éstos pertenecían, le había llevado una joven sin pagarla hacía unos doce años, y se proponía tomar venganza de aquel ultraje, ya que se le presentaba ocasión; y creo importante consignar aquí, que sabido esto por el jefe militar francés del puesto de Bata, mostró especial empeño en que yo le diese una denuncia por escrito, á fin de obtener la libertad de mis prisioneros, á cuya pretensión me negué resueltamente, no sin advertirle que siendo españoles aquellos territorios, sus habitantes no habían menester para nada de la oficiosa intervención de Francia, ni yo necesitaba tampoco la protección que veladamente se me ofrecía.

No satisfecho aún con esto, y por haber tenido yo que permanecer unos días en Bata por encontrarme un poco enfermo, dióse el caso de llegar una balandra de la marina de guerra francesa, y volvió á insistir por escrito en que le notificase, para comunicárselo á su comandante, el nombre del pueblo mencionado y de su caudillo, á cuya pretensión me negué como antes. Si de estos hechos se deduce por un lado el espíritu vengativo del negro que no perdona una injuria por mucho tiempo que trascurra, se vé por otro el empeño de los franceses en imponer su protectorado á aquellas tribus.

En esta parte de la costa el carácter del negro varía mucho, encontrándose desde el apacible y bondadoso de los rengaricos y bapukos, hasta el traicionero y sobradamente maligno del ogara y kombre; y como es lo más general que cuando se trata de Africa se crea aún, que en todas partes se practican las mismas costumbres, se habla un único idioma, haciendo idéntica vida y sintiendo de igual manera, he de permitirme molestar un poco más vuestra atención para ver de comprobar que no ya á larguissimas distancias de esta extensión Continental, sino que basta caminar unas cuantas leguas en cualquiera dirección y en una zona limitada, para notar al punto que á la diferencia de la lengua, ó mejor dicho de dialecto, porque ya he adquirido convencimien-

to de que las múltiples variedades que se observa en el modo de hablar en estas regiones, han tenido un mismo origen, acompaña una diferencia grande en su manera de ser y en las diferentes manifestaciones de la vida en el trabajo, en el arte y demás.

El color de los habitantes de estas comarcas, no es en general ese negro intenso que repugna, sino más bien un tinte achocolatado, y en el interior, aún con más frecuencia que hácia la costa, se encuentran tipos verdaderamente hermosos, con especialidad entre los paumes, de ojos expresivos, nariz aguileña, labio fino y formas esculturales que no tienen nada que envidiar á las del más bello tipo europeo. En esta tribu, he podido también observar la particular disposición de la columna vertebral, formando un arco muy pronunciado de convexidad anterior en la región lumbar. Abundan así mismo de un modo extraordinario en este país de la electricidad, del gorila y del chimpancé, los albinos.

Todas las tribus de la costa puede decirse que aún emplean hoy el tatuaje, practicándose algunos, como los de la parte del Krup, una ancha línea desde la frente á la punta de la nariz; otros, como los banokos y dualas, anchos círculos concéntricos en las mejillas; otros, como los ricos, un pequeño triángulo isósceles en la sien, cuyo lado menor descansa en la cisura externa del ojo, y sólo en cada uno dejan verse individuos sin estos y otros diversos dibujos, cuando descendiendo de una familia, en que el padre ha sufrido la influencia de la civilización. El pamue y el butrebaga no gustan de esto; pero en cambio, es muy aficionado á marcarse el vientre, la espalda y los brazos con dibujos verdaderamente artísticos, que practica con la punta de cuchillos bien afilados.

El pamue, además, se distingue principalmente por sus dientes incisivos acabados en aguda punta, forma que adquieren artificialmente mediante una operación muy dolorosa, que ejecutan con dos cuchillos actuando á manera de sierra. No debo pasar aquí en silencio la buena costumbre que tiene el negro de cuidar con extraordinario esmero su dentadura, y de esa limpieza grandísima de su boca es de donde proviene, y no de una constitución especial como se cree vulgarmente, ese color blanco nacarado hermoso que caracteriza sus dientes, y que á veces les dá un aspecto tan distinto del que presenta la dentadura de la raza europea.

El peinado es también muy diferente en cada tribu, así el de los vengas tiene la forma de un casquete semiesférico, en que las divisiones que hacen del pelo figuran radios, y cuyo punto central viene á corresponder á la coronilla de la cabeza; pero los ricos, lo mismo que los valengues, se la afeitan en proporciones, marcándola con extravagantes dibujos, en tanto que el peinado del pamue presenta el aspecto de una verdadera obra de arte, teniendo la disposición de los cascotes de la caballería de nuestro ejército, y empleando además con frecuencia el adorno de los *Kaorris*, producto del comercio inglés, formando trenzas en gran número y que llegan á las rodillas.

El vengas se adorna el cuello, brazos y piernas, con collares hechos de cuentas de vidrio, adorno empleado también por el kombre rico y el valengue, mientras que el buheba y el pamue, lleva grandes y pesados brazaletes y anillos de latón ó hierro contruidos, la mayor parte, por estos últimos. Aún se ven algunos pamues que se atraviesan el cartilago de la nariz con un palillo ó un hueso de gallina de cuyas extremidades parten dos hilos cubiertos de las cuentas dichas y que sujetándolos á las orejas, adquieren el aspecto de un freno con sus bridas. Los colores favorecidos por la moda, en estas regiones son: el amarillo, el rojo y el negro ya combinados los tres ó únicamente dos de ellos, y bien lo tienen en cuenta los comerciantes europeos.

El negro, cifra toda su ambición en adornarse y tanto los del continente como los de las islas excepto los bubis de Fernando Poó, creen haber llegado al colmo de la felicidad

cuando han adquirido un traje á la europea. Si á esto se agrega su extraordinaria afición á las bebidas alcohólicas, principalmente al rom y su pasión por el baile, se tendrá una idea aproximada de las limitadas aspiraciones de estas gentes. Y es por demás curioso ver la agilidad con que ejecutan los más bruscos movimientos y la resistencia que despliegan en este ejercicio que forma extraño contraste con la flojedad suma que muestran para el trabajo. El ideal de un negro se reduce á la posesión de unas cuantas mujeres, de una escopeta, pólvora, los adornos de moda y á bailar.

Los instrumentos musicales que he encontrado más en uso en toda esta parte son el *gomo*, descrito ya por diferentes viajeros, y un pequeño cubo á manera de timbal prolongado que, colocado horizontalmente y sentado el negro sobre él, toca como el anterior sin hacer uso de lo palillos. Pero más importantes y característicos son los instrumentos de cuerda de que se encuentran algunos ejemplares en mis colecciones, y cuya descripción haré en lugar más oportuno.

Por lo demás, el baile no es uniforme ni idéntico en todas las tribus; si las danzas del vengá, rico ítema, kombe y otros indígenas de la orilla del mar, son una especie de cante y baile flamenco compuesto de movimientos acompasados y provocativos ademanes, las del bubela y pamue por el contrario, son ejercicios gimnásticos en que algunos hacen alarde de extraordinaria agilidad y ligereza, causando realmente admiración entre los de estos últimos el llamado Makom, el cual presenta gran semejanza con el cancan europeo, aunque de más difícil ejecución. Los negros excluyen de él á las mujeres, pero éstas, curiosas allí como en todas partes, burlan la orden de ellos para presenciar el espectáculo sin ser vistas.

La timidez de algunas tribus es tal, que las mujeres principalmente, huyen de los blancos como de seres malignos, y los hay, como los *sikiani* (ricos del interior), que tienen la firme creencia de que la sola vista de un blanco, basta para producir la muerte. Pero aquí se verifica también el axioma de que no hay regla sin excepción, porque el pamue, valiente y decidido como es, á veces hasta sanguinario, y su temeridad le lleva hasta arrostrar los mayores peligros, por cuya razón le temen, con justicia, todas las tribus de la costa; yo mismo he visto pamues que no han mostrado la menor turbación en el momento de apuntarles al pecho con el revólver, y en dos de las ocasiones en que me vi precisado á acudir á ese recurso extremo, los negros tuvieron la osadía de avanzar hacia mí en forma provocativa. Esta raza pamue, dueña necesariamente dentro de breves años de los territorios de la costa, se distingue de todas sus vecinas por su mirada inteligente, por su actividad extraordinaria y por la práctica de algunas industrias, como la relativa á la fabricación del hierro, desconocida de los demás indígenas ribereños, y cuyo secreto guardan con sumo cuidado, pero no así la elaboración de diferentes objetos, como cuchillos, hachas, etc., que ejecutan á la vista de todo el mundo, trabajados con la relativa perfección que demuestran los ejemplares que también se encuentran en mi colección.

Todos los negros de esta región, tanto de la costa como del interior, practican la poligamia, consecuencia natural y lógica del concepto que tienen de la mujer, á la que consideran como cosa, ó como una bestia destinada, á su servicio personal, de tal manera, que haciéndoles yo, en repetidas ocasiones, la reflexión de que el hombre, por razones muy poderosas, no debía tener más que una mujer, contestaban que «eso no estaba bien, porque cuantas más mujeres tiene un hombre más rico es;» y así, en efecto, sucede allí, por cuanto ella es la que practica todos los trabajos y faenas del campo, la que cultiva la tierra y acarrea sus productos, la que transporta leña y todos cuantos objetos son necesarios para el consumo doméstico, y la que al mismo tiempo debe cuidar que nada falte en casa al regreso del marido, cuyos múltiples quehaceres no podría desempeñar

evidentemente una mujer sola. En cambio, el hombre de estos países no tiene otras ocupaciones que la caza y el comercio.

Por esto solo, el desarrollo de éste, fomentando con la exportación el bienestar de aquellas gentes, haciendo más intensa la producción, poniendo en actividad tantas y tantas fuentes de riqueza natural como poseen, pero que ahora no pueden utilizar, es como desaparecerá la poligamia y la comunidad de mujeres de que quedan también restos importantes, y se fundará la familia monógama y casta de la raza ariaca, y se levantará sobre ella una sociedad civilizada. El obstáculo mayor, puede decirse insuperable, con que tropiezan los misioneros en el África, es la poligamia; y á mi juicio han de contribuir á desterrarla las factorías comerciales tanto como las misiones religiosas, ó tal vez más.

Entre otras muchas costumbres y hechos curiosos que observé, llamé particularmente mi atención el que en caso de adulterio no se castiga de ordinario á la adúltera, sino al amante ó Tenorio, á quien con frecuencia se le hace pagar una multa bastante elevada; sin embargo, algunos maridos se toman la justicia por su mano y de otra manera, que es hiriendo á la culpable con cuchillo, sin profundizar mucho la herida, sino de un modo longitudinal, por cuya razón se ven entre ellas gran número de mujeres señaladas con largas cicatrices en diferentes partes del cuerpo, principalmente en la espalda, la región deltóidea del brazo, en el pecho y en otros puntos en que la incisión ofrece menos peligro.

También he presenciado entre los negros del interior la práctica de una especie de espiritismo ó invocación de los mares. En casos de peligro como en comienzo de guerra, por ejemplo, sacan de ciertos depósitos, semejantes por su figura á una colmena de corteza natural, que esta colocada en una de las esquinas de la choza pública donde cada pueblo celebra sus asambleas, los cráneos de individuos que han descollado por su valor ó por su posición de caudillos notables, y llevándolos á un lugar determinado del bosque, los untan con sustancias aceitosas, y ejecutando á su alrededor danzas acompañadas de cantos.

Todos estos pueblos, en medio de su salvajismo, saben dar muestras de dolor por la pérdida de los seres queridos, á veces hasta con cierta delicadeza. Cuando muere alguien, todas las personas de la familia muestran su duelo dando desaforados gritos durante media ó una hora, terminada la cual, sigue haciendo el duelo un solo individuo, que generalmente es una mujer, entonando cantos elogiacos sumamente lúgubres, en los que recuerda los hechos notables de la vida del difunto, haciendo resaltar principalmente sus beneficios y bondades, y cuando esta se cansa de tan triste ejercicio, es relevada sucesivamente por otras personas.

Si el muerto es el dueño de la casa, todas sus esposas le hacen el duelo por turno durante dos ó tres meses en la indicada forma. Casi todas estas tribus, además indican su luto en la cabeza, así se vé al renga, hapuko y otros de la costa afeitársela, no completamente como los sikiani, kubiebas y pamues, sino dejando cubierto de pelo un pequeño espacio triangular encima de la frente. Hasta qué punto abundan las supersticiones en todos los pueblos de la raza negra, lo demuestran bien á las claras las relaciones de los numerosos viajeros que me han precedido en la ingrata y difícil tarea de investigar el misterioso Continente africano. En varias de las mencionadas tribus, encontré muy generalizada la creencia, de que el marido no debe matar ningún animal ni ver siquiera que otro lo mate, mientras se halla en cinta alguna de sus esposas, pues de lo contrario, el embarazo tendrá desenlace desgraciado.

Una única indicación para concluir acerca de la industria y de la agricultura de los nuevos súbditos españoles del Golfo de Guinea.

Consiste su industria:

1.º En la fabricación del hierro, reduciendo la mena, que abunda muchísimo, por medio

del carbón vegetal y con unos fuelles de piel sin curtir de que hay un ejemplar en mi colección; la elaboración del hierro y su transformación en cuchillos, lanzas y otros objetos de uso común, es peculiar á las tribus del interior; las de la costa ignoran todas estas artes.

2.º La fabricación de aceite de palma, que venden á los europeos á cambio de manufacturas, y que en Europa se aprovecha para fabricar jabón, bujías esteáricas, hule, grasa de los ferro-carriles, etc., lo extraen muy imperfectamente, y como no es uno sólo el procedimiento que se emplea por todos ellos, no me paro á describirlos ahora por no parecerme oportuno.

3.º La extracción de cautchou ó goma elástica por medio de incisiones practicadas en la corteza de los árboles gomeros, de donde fluye en estado líquido para concentrarse luego al contacto de un fuego lento y pasar á las factorías europeas como artículo de exportación.

4.º La caza del elefante para vender sus preciados colmillos y comer su carne.

5.º La corta de madera de ébano que es también artículo importante de exportación, y cuyo precio está siendo en Europa más subido cada día, y la fabricación de cuerdas y es terillas con cortezas de árboles.

6.º Hay, por último, la industria doméstica, que produce loza hasta de arcilla y cestos de ramas para los usos ordinarios de la vida, telas preparadas con corteza de árbol, sin ser hechas á telar, pues no lo conocen, y de las que existe un ejemplar en mi colección, instrumentos musicales, arcos y flechas, etc. etc.

La agricultura es todavía más rudimentaria, si cabe, que la industria y se reduce fundamentalmente al cultivo del plátano, que es como el pan de aquel país; del ñame, base de la alimentación del negro en todo el Golfo de Guinea, y de la calabaza.

Esta última en el interior ocupa relativamente grandes extensiones y no se utiliza de ella la parte carnosa como en Europa, sino exclusivamente las pepitas. Conservan en muchos sitios la cosecha de pepitas en grandes cestos, como en Europa se guarda la cosecha del trigo para el invierno. Mondadas á mano una á una, se trituran en una tabla que tiene una ligera concavidad, y la pasta aceitosa que resulta constituye una especie de pan, llamado gondo, tan sustancioso y de más jugo que el plátano asado, y de cuyo gusto no puedo decir que sea desagradable, á menos de ser desagradecido á su memoria, por las muchas veces que me ha servido de alimento.

He prometido hacer aquí punto final, y lo hago dando las gracias más cordiales al distinguido concurso por la benevolencia inmerecida con que se ha servido escucharme.»

Terminada la velada, el numeroso público pasó á visitar los objetos recogidos por el doctor Ossorie, que llenaban varias panoplias y mesas del Ateneo.

Allí había flechas, armas, utensilios de cocina, instrumentos de música, ídolos, sombreros, abanicos, dinero, pieles de tigre, cráneos de mono y de hombre, reptiles, mariposas, y cuanto puede servir para formar conocimiento del país.

La colección del Sr. Ossorie es preciosa y contiene cosas de gran valor. La ha regalado á la *Sociedad de Geografía Comercial*.

España ha entrado por el buen camino, y aunque modestamente, ha seguido las huellas de las naciones más civilizadas en las exploraciones geográficas.

El entusiasmo con que se recibió á los viajeros y los aplausos que se les tributaron son prenda segura de que el espíritu público responderá al llamamiento de la *Sociedad de Geografía Comercial* y la alentará en sus empresas.

R.

ANALES DE LA ASOCIACION TAQUIGRÁFICA

(Continuación.)

Señores, era verdaderamente extraño que nosotros los que nos educamos en medio de la Asociación; que nosotros que somos, por decirlo así, el órgano vivo de esas mismas asociaciones; que nosotros que vamos por doquiera dando á conocer no sólo á España, sino al mundo entero, lo que piensan nuestros hombres más importantes; nosotros que vemos, como ha dicho perfectamente el Sr. Guerra, los grandes frutos que dá en todos los sentidos la asociación, permaneciéramos cruzados de brazos. No: es llegada la hora de asociarse y los que somos taquígrafos de alguno de los Cuerpos Colegisladores, tenemos la obligación de ayudarlos en la plausible empresa que perseguís, buscando los adelantos de la taquigrafía, alentando á los que se dedican á ella por lo mismo que representa un esfuerzo grande, por lo mismo que es un estudio pesado y molesto, por lo mismo que ofrece muy pocos horizontes, no sólo en España, sino en todos los países.

¿Y por qué no decirlo señores? ¿Es que tenemos miedo á que se nos censure? ¿Es que debemos consentir tomen fuerza esas creencias en absoluto equivocadas de que los taquígrafos no son más que unos escribientes veloces que han conseguido, por éste ó por el otro procedimiento, dar la traducción material de las palabras que pronuncia el orador? ¡Ah, no! El taquígrafo es más que un escribiente. Tengo á mi derecha dos oradores de la tribuna española que están constantemente honrándola con sus discursos, y si bien, ambos dominan su palabra de tal modo que casi no hay que hacer ninguna alteración en sus discursos, sin embargo, no podrán menos de confesar que la entonación, los giros, lo estético, por decirlo así, del discurso, cubre los defectos en que el más grande orador forzosamente incurre; por lo cual es necesario que el taquígrafo, armonizando la exactitud de la frase con su debida construcción, realice el trabajo de demostrar que el orador de la tribuna española es hoy el mejor orador de la tribuna del mundo.

Yo, pues, que profeso esta idea acerca de la taquigrafía no necesito hacer protestas de que me teneis á vuestro lado para todo cuanto me necesiteis. Me ha honrado sobre manera, tanto como me ha sorprendido (porque no tenía noticia de esta organización) me ha honrado sobremanera, repito, el título que me habeis conferido. Estoy, por consecuencia total y absolutamente á vuestra disposición.

Y á vosotras señoras, ya que veo que habeis asistido algunas á honrar con vuestra presencia el nacimiento de la Asociación taquigráfica, á vosotras os recordaré un hecho que viene á mi memoria en este instante y que debe impulsaros á estimular á vuestros hijos y hermanos en el estudio del arte de Martí.

Se refiere á mi madre. El primer dinero que yo gané en la taquigrafía lo invertí en un regalo para mi madre. (*El orador se siente tan emocionado que no puede seguir en el uso de la palabra*)

Dispensadme que no continúe este período porque me trae recuerdos que ahogan mi voz en la garganta. Voy, pues, á concluir con una excitación dirigida á estos jóvenes que de tal manera han comprendido el desarrollo que puede tener la taquigrafía en España por los horizontes que hoy la vida moderna presenta; y voy á hacer esta excitación, que casi envuelve un consejo, fundado en el fracaso que mi pensamiento sufrió en la organización de la sociedad á que me he referido antes. Lo sufrí, es verdad, pero no pesmayé; he visto que no he necesitado de esfuerzo ninguno para que esta asociación haya nacido.

Pues bien, jóvenes á los que me dirijo: si ahora encontrais algunos, si tropezais con tantas dificultades como aquellas con que yo me encontré delante, no desmayar; porque las ideas y la inteligencia representan lo mismo que las olas y el mar. Observad un detalle de la naturaleza: las olas se engendran y avanzan hasta estrellarse en la roca, y teniendo las mismas cualidades del elemento de que forman parte, ellas pasan y pasan, pero queda siempre permanente el mar para producir olas sin cuento y sin medida. Pues bien, señores: las ideas son las olas que, participando de las mismas condiciones de la inteligencia puesto que de ella surgen, se engendran, marchan, se estrellan contra esos obstáculos que transitoriamente se les opone, pero queda siempre la inteligencia que es el foco perenne para producir ideas sin cuento y sin medida. He dicho.

(*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el Sr. Maluquer.

El Sr. MALUQUER: Señoras y señores:

Muy breves instantes tendré la honra de ocupar vuestra ilustrada atención. Mi objeto en este momento es dar las más expresivas gracias á esta importante Asociación por haberse servido nombrarme socio honorario, al mismo tiempo que vocal de su Junta Superior. Me considero el último de los nombrados, y el que menos merecimientos tiene; soy el más humilde de todos, pero puede contar esta Asociación con mi modesto concurso para proponer con encarecimiento que se la auxilie y proteja, no sólo en el terreno de la prensa, sino ante el alto Cuerpo Colegislador, puesto que es de justicia, es indispensable, esto es lo que exige el estado de nuestra civilización, como acaba de expresar el digno Secretario Sr. Guaza y mi ilustrado amigo Sr. Zapatero. Es ya una necesidad en España que hagamos algo en beneficio de la taquigrafía; en beneficio de ese arte, que alguno como un distinguido taquígrafo que nos está oyendo sostiene que es *arte, ciencia*, puesto que los señores taquígrafos necesitan poseer varios conocimientos para seguir la palabra de los oradores y poder interpretar con acierto sus ideas, pues hablando unos de asuntos del foro, otros del comercio, y algunos de geografía, ó quizás de milicia, si no tienen un conocimiento exacto de esos ramos de la ciencia, mal podrian los taquígrafos copiar y seguir los discursos de los oradores; por consiguiente, yo estoy de acuerdo con esa opinión de que la taquigrafía es no solamente arte sino que también participa de ciencia.

No haré señores la historia de la taquigrafía, pues no vengo preparado á ello, ni cómo hacer la historia de la taquigrafía después de los discursos pronunciados?

Sólo si recordaré que uno de los países que más la han protegido ha sido Inglaterra; y en Alemania, especialmente Sajonia, puesto que en Dresde existe el Real Instituto Taquigráfico, protegido por el Ministro del Interior, cuyo instituto publica anualmente obras, en las cuales se consignan los adelantos de la taquigrafía en todas las naciones de Europa.

Pues bien, eso que se hace y se verifica en Dresde ¿por qué no lo puede hacer nuestro Ministro de Fomento; por qué no podemos exigir nosotros de los gobiernos que protejan el arte taquigráfico, ese arte que participa algo de ciencia?

Yo, señores, aunque el último de todos los Senadores, he tenido la honra, no hace muchos días, de pedir al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, en el alto Cuerpo Colegislador que se sirviera señalar una partida de el presupuesto para la creación de un cuerpo oficial de taquígrafos que asista á las vistas del juicio oral. Saben todos los señores que tienen la bondad de escucharme, que en los tribunales una vez establecido el juicio oral, se necesita que queden consignadas en

las actas de las sesiones todas las vicisitudes del proceso oral, á fin de que los Magistrados puedan juzgar con perfecto conocimiento de causa, y también conocen los señores que me oyen, que en todas las naciones donde existe el juicio oral, le sigue forzosamente el juicio por jurados, y si no tuviéramos la preparación conveniente careciendo de un cuerpo de taquígrafos ilustrados ¿cómo podría tener lugar dicha forma de juicio ante los tribunales? Esto sería imposible; por tanto, yo estoy completamente de acuerdo con los señores que acaban de hablar, en que es una necesidad que se organice cumplidamente dicho servicio en los tribunales de justicia. Además desearía que en el Consejo de Estado, en la sala de lo Contencioso existiera un cuerpo especial de taquígrafos así como que también lo tuvieran los Ayuntamientos y Diputaciones para que supiesen los electores cómo gestionan los negocios públicos sus representantes en dichas corporaciones.

Pues bien, señores, estas exigencias se hallan atendidas en muchas naciones, entre ellas en el Brasil y Bélgica. ¿Seremos los españoles los que dejaremos de seguir el ejemplo de las naciones en que está perfectamente organizado dicho servicio en las esferas oficiales, y no haremos nada en beneficio de la taquigrafía? No, esto es imposible, y esto tiene que concluir y concluirá; porque la civilización adelanta, y los términos medios deben desaparecer y nosotros debemos seguir los pasos de la cultura y del progreso.

¿Y cómo no? No es la taquigrafía, según ha dicho muy bien ese señor taquígrafo á que antes me he referido y que tiene la bondad de escucharme, como el vapor, como la electricidad aplicada á la escritura? Por consiguiente, no debemos quedarnos rezagados por ningún concepto. Además, Rusia ¿no protege, no dá premios á los taquígrafos, adjudicando obras á todos los que se distinguen en la taquigrafía? ¿Y no podremos hacer lo mismo en España? Sí, seguramente que se hará. No temais, no, señores, que esa juventud estudiosa se detenga en la mitad del camino, no necesitan que les digan, adelante; han empezado por buen camino; tienen personas dignas, dignísimas, grandes oradores que están á su lado y que los protegerán.

Yo me considero, repito, de todos el más humilde; pero ofrezco pedir en el primer día de sesión que celebre el Senado, al Sr. Ministro de Fomento que se sirva dictar una disposición, señalando en el presupuesto alguna partida á fin de que la Asociación taquigráfica de Madrid y las demás de España puedan adelantar en su camino. Yo no sé si lo conseguiré; pero me comprometo solemnemente á pedirlo: mi valimiento es poco; mi pregunta puede que se pierda en el vacío, pero más perdería en la opinión pública el Ministro si no atendiera el ruego que tendré el honor de dirigirle. (*Muy bien, muy bien, grandes aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el Sr. Lasso de la Vega (D. Angel) para dar lectura á una poesía.

El Sr. LASSO DE LA VEGA.

LA PRINCESA Y EL GÉNIO

BALADA

Ante una Princesa augusta
Llegóse el Génio y le dijo:
«Contraria es la suerte adusta
A un pensamiento en mí fijó;
A un pensamiento que asusta.

Las burlas con él provocó
Y aunque loco se me crea;
Más las burlas tengo en poco
Porque fé tiene este loco
Y es hija de Dios su idea.

Unid vuestra fé á la mía;
Dad amparo á mi osadía,
Dadme hendir el mar profundo
Y os daré la monarquía
De un mundo que no vió el mundo.

Irradiando la luz esa
Que en las grandes almas luce,
Respondióle la Princesa:
«Mis bageles á tu empresa
En nombre de Dios conduce.»

De aquel mundo con la llave,
A un mar soberbio y sin calma
Se lanza el Genio en su nave.
En su ciencia y fé no cabe
La duda que inquieta al alma.

¡No hubo un héroe más grandioso
En fantástica leyenda!
Tornó el Genio victorioso
Con un mundo, un mundo hermoso
De su palabra por prenda.

«Allá en la abrasada zona,
En el índico hemisferio
Dijo á la excelsa matrona;
He encontrado una corona
Que añadir á vuestro imperio.

Otorgarnos quiso Dios
Tan alta gloria á los dos
En sus misterios profundos.
¿Y qué menos para vos
Que el imperio de dos mundos?»

(Grandes aplausos).

El Sr. PDESIDENTE: El Sr. Guerra y Alarcón
tiene la palabra para leer una composición
poética.

El Sr. GUERRA Y ALARCON:

LA JUVENTUD

Tenaces sueños de la mente mía
¿qué me queréis? dejadme; vano empeño
en tornarme tenéis á la memoria
otros días mejores
en que nuestros mayores
en páginas de gloria
grabaron en la historia
sus grandes hechos, y de eternas flores
y de laurel la fama agradecida
sus nobles frentes coronó. Murieron,
y con ellos cayeron
en abismo profundo
los hombres que en el mundo
su nombre eternizaron

Dejadme, por piedad; aunque pudiera
á mi raza importar, ronca mi lira,
en vano al cabo fuera
que yo templar quisiera
para tan alto canto
sus rotas cuerdas, porque no daría
el más leve sonido;
y en el viento perdido
su debil eco con mi afán sería.

Quiero cantar la juventud ardiente,
sol esplendente sin cenit, ni ocaso,
alma del mundo, del mortal consuelo:
tú eres la musa mía,
que con tenaz porfía,
el fuego en que me abraso
enciendes con el aire de tu vuelo.
Tú eres mi sangre, que bullendo hirviente
arde en mis venas, y fantasmas crea,
con sueños vaporosos
tal vez amarga y solitaria idea.

La vida, juventud y lozanía,
de los primeros años;

el placer y la dicha y la alegría:
las ricas ilusiones; la esperanza
de una felicidad embriagadora
que nuestra mente enardecida acrece;
los más bellos ensueños de bonanza...
todo ¡ay! con el tiempo desaparece,
excepto la memoria
del mentido placer y de su gloria.

Sé que el recuerdo de ese dulce encanto
que nos brinda la paz de la inocencia,
de ese continuo afán y goce tanto,
de esa bella existencia,
y de tanta ilusión arrulladora
como en la edad primera sueña el alma,
no podrá la memoria
turbar jamás, la deliciosa calma.

Yo te bendigo, prisma de ilusiones,
edad risueña en que el mortal delira
mil plácidas pasiones;
edad en que suspira
el alma por amor y por placeres,
viendo sembrado el porvenir de flores,
y encuentra el hombre amor en las mujeres,
y encantador deleite en los amores.
Edad, por fin, en que encendido el pecho
con fuego abrasador, que le destruye,
sueña agitado, y en sus sueños crea
fantástica una idea,
que al darla forma, se le acerca y huye,
y vuela en torno suyo, y a su mente,
fugaz y transparente
ya llena de esplendor, sublime diosa,
ya cándida y hermosa,
y virginal doncella,
como sus sueños bella,
se aparece radiante y luminosa.
Juntos amor le miente y hermosura
esa mujer que en su delirio adora,
ese fantasma que idolatra ciego;
blando el cabello, suelta la cintura;
blanco, cual blanca nieve,
el levantado seno que se mueve
tras la ondeante gasa,
al violento latido
de un corazón que de pasión se abrasa
en cenizas de amor ya convertido.

Esta es la juventud, su ley es esta;
sus amores fugaces como el viento,
como arroyo que corre en la floresta
besando flores ciento,
ó á su capricho ajándolas impío,
y que muere por fin evaporado
á los ardientes rayos del estío...
Todo en ella es belleza, todo encanto.
Ninfa ligera que los aires hiende,
vaporosa ilusión que se desprende
del alma que la halaga en su delirio,
al desaparecer en vez de calma
ingrata deja torcedor martirio,
y deja oculto fuego que se enciende
al eléctrico choque de otra alma.

No tan solo el amor á ella domina
quiere esplendente gloria y gran renombre
que á nuestro pecho inflama;
y que consigue el hombre
que con valor sus pasos encamina
al templo sacrosanto de la fama.
A las frases de amor otras suceden,
noble ambición, inmarcesible gloria,
poder, frescos laureles... Cuantas pueden
concebir nuestra loca fantasía...
Rica en magnificencia
se ostenta apasionada, majestuosa
tú sublime elocuencia,
de un pueblo libre diosa
eres la inspiración de la conciencia.
¡Ay! en la edad primera
de libertad el aura bienhechora
los pueblos regenera,
y su imágen adora
la entusiasta juventud sincera.
Arde en su generosos corazones
el amor de la patria y de la gloria

é inspira las magnánimas acciones
que esculpe en bronce y mármoles la historia.

Truena el cañon y su encendida boca,
brotandortanda od, llama al combate;
negra bandera en la escarpada roca
el génio de la muerte,
sus anchas alas agitando fuerte,
sobre un monton de víctimas coloca.
Allí con paso firme y faz serena
vuela la juventud guerrera y brava,
y si muerde la tierra algún valiente,
sólo su pecho siente
su lanza no clavar donde otro clava.
Porque encima del humo que se eleva,
la imágen mira de luciente gloria,
que una corona lleva
para el feliz guerrero,
que consiga el primero
arrancar el laurel de la victoria.

¡Hermosa juventud! flor de la vida,
esperanza feliz, rútila estrella,
que en la noche dudosa del presente
con tu brillante luz el orbe llenas.
¡Escucha mi canción!... Si el alma mía
aquí reunir pudiera
de todo el universo la armonía;
la voz del huracan y la del trueno;
y el canto del alud que se desata
de la soberbia cumbre; y el rugido
de la alta catarata
que rueda por la sierra
y se sepulta un remolino ciego
buscando en las entrañas de la tierra
el germen del volcan; si yo pudiera
reunir en uno solo
los gritos de esas mil generaciones
que poblaron del mundo la ancha esfera,
al compás de esa horrible algarabía
mi poderoso acento
la juventud á la muerte arrancarí.

¿Y un tiempo llega en que tan noble fuego
apaga el soplo de la edad cansada?
¡Ay! la vejez helada
nos roba el entusiasmo y nuestras glorias;
aquella intrepidez que mil victorias
nos dió de amor, de encantadora ciencia,
desaparece también y se convierte
en languidez y fria indiferencia
¡Juventud! ¡juventud! antes que el tiempo
cubra con hielo tu florida senda,
sin que una chispa de entusiasmo encienda
tu yerto corazón, constante ofrece
tus placenteros días á Minerva,
que trasmitiendo á la veraz historia
los triunfos del saber, grata reserva
lustre á tu nombre y á la pátria gloria.

(Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el
Sr. Sanjuan

El Sr. SANJUAN:

Señoras y señores: Muy ageno me hallaba de
tener que hacer uso de la palabra en esta solem-
nidad y tan sólo á la indicación del Sr. Carvajal
debo la honra de molestaros aunque sea breve-
mente. puesto que no soy osado, por lo tanto
carezco por completo de todas aquellas circuns-
tancias que deben adornar al rey de la tribuna;
pero antes de todo recurro á vosotros en deman-
da de benevolencia, que bien la necesita por
cierto el que como yo hace sus primeras armas
en el arte de la oratoria.

En la taquigrafía, de suma importancia en
España, que es el país que rige y reina en abso-
luto en la tribuna del mundo, la taquigrafía
puede considerarse bajo dos puntos de vista:
bajo el punto de vista económico, y bajo el
del desarrollo intelectual, el primero ahorra al
estudiante tiempo y libros, y por tanto necesita
de la acción del arte de Martí para tomar al oído
las esplicaciones de sus profesores, siendo este el
medio por el que se ejercita la inteligencia, pre-
ocupada en no distraerse, para poder fielmente
tomar aquello de que el día de mañana tendrá

que examinarse, es decir, que la imaginación está en constante actividad, teniendo además de esto la importante ventaja de que si el estudiante no es muy dado al estudio, le sirve de tal el pasar al papel los conceptos que á sus oídos llegan, llevándose de esta manera á su casa en una hoja de papel las lecciones de sus maestros nutridas de sabia y provechosa doctrina.

¡Oh! Señoras y señores, no termina aquí ciertamente la importancia de este precioso arte, aún abarca mayor extensión, pues es de tanta utilidad al estudiante como al periodista que debiendo inspirarse en la opinión pública acude á todas partes á tomar ligeros apuntes, al abogado que tiene que defender en el foro al reo, el hombre público, y finalmente al diputado, que, en cumplimiento de sus sacratísimos deberes acude á la Cámara con objeto de tomar parte en las discusiones é intervenir en todo aquello que se relaciona con el bien de la patria, aún veo más, yo que me he dedicado al estudio de la América, de nuestra hermana, comprendo que así como nosotros hemos llevado á aquel hemisferio la civilización que hoy goza, debemos llevarle, lo que allí es casi desconocido, debemos darles la manera para que puedan existir imperecederamente los discursos que en aquella parte del mundo se pronuncian, y debemos tener representantes en todos aquellos lugares donde se hable el idioma divino de Cervantes, es un deber nuestro para con nuestra hermana, que así como nosotros somos hijos del África, del África sí, puesto que ella fué la que nos legó en tan floreciente estado las ciencias, las letras y la agricultura, dándonos palabras para que entrasen á formar parte de nuestra rica lengua y ella fué la que canalizó los pocos canales que cruzan hoy dándonos la riqueza con sus aguas, por la ancha superficie de privilegiadas regiones de España. Es un deber nuestro llevar á América el arte taquigráfico, como lo es el de devolver á los africanos la ciencia, la civilización que nos dejaron en la Alhambra, el Generalife, y en las magnificencias de sus alcázares y jardines.

Sin la taquigrafía los discursos elocuentes que en esta noche se han pronunciado aquí, bajo estas bóvedas, se disiparían como el humo en el espacio, sin tener otra resonancia que la que vosotros comuniquéis por vuestras impresiones; pero no saldría de un corto círculo, mientras que en ella corre, vuela, vá donde llega el vapor y hasta donde van á parar los cables telegráficos.

No quiero molestaros más tiempo, y solo os ruego que cuando hagáis el paralelo de los discursos que aquí habéis oído, tengáis en cuenta que no pretendo ser orador pues bien sé que entre las brillantes oraciones que se han pronunciado, y las pobres palabras mías, existe la misma diferencia que existe entre el sol y la luna, el primero representa la alegría, inunda con sus rayos el espacio cubierto por los prodigios de la Naturaleza, llenando el espíritu en la poesía de la belleza y la realidad, al mismo tiempo que del entusiasmo que nos produce al ver manchado el astro del día por las columnas de humo producto de los pueblos fabriles, y la segunda que representa la terrible oscuridad de lo real, el desvanecimiento de lo ilusorio viniendo á dar colorido con su palidez mortuoria á la entristecida magnificencia; esa es la comparación que hacéis, y esa es la realidad.

No me queda otra cosa que decir, que animar á la Asociación para que continúe con paso seguro por el camino emprendido, que continúe siempre hacia adelante, pues el hombre nunca debe retroceder, y así como la piqueta del braceo, quita obstáculos, y la dinamita arroja á los espacios montañas de piedras graníticas dando paso al vapor y á la electricidad que ponen en comunicación al mundo civilizado, la Sociedad, debe también salvar los obstáculos por inespera-

bles que sean y llegar al fin que propone. He dicho. (*Muy bien, aplausos.*)

El Sr. CARVAJAL:

Paréceme, señoras y señores, que ha llegado para mí el honroso pero peligrosísimo momento de dirigiros la palabra. He venido á este sitio empujado por los vientos suaves y alisios de la benevolencia y de la amistad, he subido hasta aquí, he dirigido vuestra sesión y he sentido en mi alma la grata satisfacción de la contemplación de lo bello y de lo bueno; pero he de confesaros la emoción que me ha producido las lecturas y discursos que aquí se han pronunciado. Ha sido tal y tan grande la sencillez, propia de la modestia exagerada de la juventud, con que ha redactado su bien escrita memoria el Sr. Guaza, á la grandilocuencia demostrada en su discurso por el Sr. Guerra y Alarcón, á la vehemencia verdaderamente meridional de mi antiguo y querido amigo, y casi me atrevería á decir discípulo predilecto, el Sr. Zapatero, á las observaciones prácticas y ofertas del Sr. Maluquer, á las calurosas estrofas de un poeta ilustre dirigidas á la memoria de aquella mujer insigne y de aquel varón ilustre que tuvieron la honra de engarzar una nueva corona en la de España, á la bellísima poesía del Sr. Guerra y Alarcón dirigida á esta juventud que tanto merece, que tanta estimación ha conquistado esta noche á mis ojos, á las palabras llenas de ardimiento y fuego del Sr. Sanjuan, entiendo yo que mi palabra no puede añadir ni quitar nada, porque en esta noche, convertida en clarísimo día por eficacia de la poesía y de la elocuencia, viene ahora mi oscura palabra como las sombras de la noche después del sol, á restablecer el imperio de las tinieblas y á perjudicar los recuerdos de esta sesión memorable.

Pero vuestra es la culpa; pues habéis querido que suba á presidios una palabra que se simboliza por la oscuridad de la noche, siendo este el festejo de luz de la elocuencia y de la poesía; vuestra es la culpa que me forzais á una improvisación penosa porque habeis entendido que yo podía ser de alguna manera útil á esta *Asociación Taquigráfica*. ¿Por qué señores, por qué? digo ahora, como cuando algunos de vuestros compañeros vinieron á colocar en mis manos ese diploma de honor que conservaré toda mi vida en grata recordación. ¿Por qué? ¡Ah! sí, hay un motivo uno solo, ¿qué sería del orador sin la taquigrafía?

Desde los primeros tiempos de la historia los hombres que han tenido que dirigir su palabra á la muchedumbre, esa palabra que no está pensada sino que sube del fondo del corazón á los labios y se expresa improvisada, han necesitado de otros hombres que fueran espejo de refracción de esta palabra viviente, animada, brillante, que estalla como las olas al romperse contra la roca, ó como en las alturas del cráter la palma de fuego que arroja de su seno el volcan.

Por eso sin duda habéis querido establecer aquí el consorcio de la palabra con su representación especial y habéis traído al más humilde de los oradores españoles, á esta para mí gloriosísima tribuna; me habéis forzado con la tiranía de la amistad, semejante á la de la juventud como decía el Sr. Guerra, me habéis obligado á presidios, y me habéis suave y repentinamente obligado á este difícil papel, á que os dirija la palabra colocándome delante de los tres reinos del mundo, frente á frente de esos tres tronos que corren parejas en mi imaginación: la elocuencia, la poesía y la belleza que vosotras representais. (*Grandes aplausos.*)

En verdad que mi tarea sería árdua si hubiera de ser larga; pero no ha de serlo, voy á concluir dentro de breves momentos.

Mi principal objeto era manifestaros mi gratitud, después de eso expresaros mi admiración.

¡Ah! sois jóvenes y como ha dicho muy bien el Sr. Guerra, vosotros llevareis adelante vuestro

objeto. En esta altura de la vida á que se encuentra el hombre de mi edad, ya no es fácil empresas fluctuosas; pero cuando se siente en el pecho el constante martilleo de los latidos del corazón, en el cerebro sus repetidas combustiones que se suceden unas á otras con una velocidad vertiginosa, y cuando las fuerzas físicas están aparejadas para la realización de grandes alientos, no es extraño que esteis llenos de fé, de entusiasmo, de actividad; no es extraño que vuestra obra prospere y ¡ojalá que así sea! ya que Dios me ha deparado á mí la suerte de asistir como testigo ante esta hermosa y bien colgada pila bautismal. (*Aplausos.*) Ella prosperará, no lo dudeis, porque la juventud lo ha hecho todo, y la vejez por sí sola nada puede.

Nosotros los viejos merecemos el respeto y la consideración porque hemos sido jóvenes, es decir, porque en esa época de la juventud, los músculos de nuestros brazos no se han cansado, ni esos músculos invisibles de la inteligencia que se llaman ideas, para trabajar por vuestro abvenimiento, por vuestra mejora y por vuestro progreso.

Vosotros habéis de hacer lo mismo, y decidid á quien quiera que sea de la juventud presente en la cual también hay elementos discolos y utilitarios, que mirando más hacia el egoísmo que hacia el patriotismo, y bajo la seducción de perniciosos ejemplos, crea que el trabajo y la perseverancia no son los medios de llegar á la dignidad. Apartad de vosotros como envenenadores á aquellos que os digan que hay otros medios de prosperar que la virtud, el trabajo y la perseverancia. (*Aplausos.*)

Sí, hay que trabajar, hay que sufrir, hay que pasar por el desengaño, hay que encontrar en los ricos manantiales de la virtud y del trabajo los elementos de levantarse por encima de esas miserias que nos abruma. Cristo, la representación más alta que ha tenido la juventud en la historia, para llegar á aquella cima del Calvario, donde estaba la manifestación de su mayor poder, para pasar por el sacrificio, en el cual se contenía la redención del género humano, cayó una vez, se levantó, volvió á caer, y á levantarse y á caer de nuevo hasta que al cabo se levantó y llegó al Gólgota realizando el acto más sublime del mundo, como que es el de la concordia mística de la humanidad y de la divinidad en el Verbo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Vosotros también caeréis pero os levantareis, y si no teneis fuerzas bastantes para luchar, manteneos en la oscuridad y en el silencio; no estorbeis el paso de aquellos que tengan fuego en la mente, palabras en los labios, sentimientos en el corazón para realizar las grandes empresas de nuestro siglo.

Profesais un arte muy difícil, un arte muy antiguo que en ningún país se ha perfeccionado tanto como en España. Háse dicho aquí esta noche que la Taquigrafía española, que el sistema español de taquigrafía, que la escuela taquigráfica española es superior á cualquiera otra, y es cierto.

Mucho ha ayudado para ello este maravilloso instrumento de locución que Dios y la Naturaleza han puesto en nuestros labios, esta sintaxis perfecta, esta prosodia acabada, estas terminaciones y estos afijos y prefijos, tan claros, y sobre todo, estos sonidos tan puros, que no pueden los unos con los otros confundirse como en esas lenguas del Norte, que allá en las soledades de sus selvas y por la imitación de los animales salvajes que las cruzaran, llegaron á formarse subiendo en los momentos presentes á una admirable perfección, pero nunca á esta altura prosódica y sintáctica que hemos heredado de las lenguas que hablaron los vates y los sabios en las orillas del vasto mar Mediterráneo. (*Aplausos.*)

A esto debe principalmente la taquigrafía española su desarrollo, pero yo lo declaro, cuando por circunstancias especiales he tenido que

hablar en público en idiomas extranjeros, y digo que jamás he encontrado una tan fiel reproducción de mis palabras en ninguna otra lengua como en la castellana, siendo producido esto, no solamente por las ventajas que proporciona el sonido y la sintaxis, no solamente por esta claridad de nuestra expresión, sino también y principalmente por el método taquigráfico que vosotros poseéis y cultiváis, que es quizás el método más perfecto de Europa, puesto que ni la Estenografía francesa, ni el procedimiento inglés, ninguna de estas manifestaciones de la escritura rápida ha llegado al desarrollo y perfeccionamiento realizado en nuestra patria.

Yo digo que es verdad lo que decía mi amigo el Sr. Zapatero: que muchos oradores necesitan perfeccionar, aquilatar, limar sus discursos, de tal manera que puedan presentarse sus ideas siempre bellas, con un traje ataviado, perfeccionado, plegado sencilla y artísticamente, y que este trabajo corresponde al taquígrafo, el cual entonces viene á ser como quien pule y pone facetos en el diamante bruto colocado en sus manos. Pero la taquigrafía entonces es una colaboración de la oratoria, y yo he de considerar al taquígrafo aisladamente, tal cual es, así es que digo, que para el hombre que improvisa y que manifiesta las opiniones de largo tiempo cultivadas en su cerebro pero expresadas en un momento de entusiasmo y de calor, no hay nada como la taquigrafía, como nada más extraño en quien se precie de orador que querer perfeccionar su discurso, porque entonces sucede una cosa distinta; que aquella fuerza de la expresión, aquella energía de la idea, que aquel giro atrevido, aquella violencia del lenguaje, aquella especie de lucha que en estos momentos estoy sintiendo, entre sentir lo que siento y expresar lo que expreso, eso entonces desaparece ante el retoque, ante la minuciosidad, ante la filigrana, y sucede un discurso acabado, aliñado, lleno de afeites y plagado de adornos en vez de un discurso ardiente, impetuoso, viva representación del alma del orador, el cual debe transmitir así, íntegro ese entusiasmo, tal como se tiene dentro de sí, al alma de sus oyentes. (*Aplausos.*)

Más yo no censuro, yo no puedo censurar, ni á los que admiten la corrección, ni á los que la hacen. En estos últimos hay un gran sentido estético, y me atrevo á decir, que un gran amor de las glorias pátrias; por parte de los primeros hay la necesaria consideración y el rendimiento de pleitesía ante la superioridad del taquígrafo.

Vuestro arte es un arte de mucho porvenir; yo tengo acerca de él algunas ideas que han surgido en mi mente cuando á solas he podido reflexionar sobre él, debiendo decir que llevo muchos años de practicarlo, porque desde que mis ocupaciones me obligaron á emitir con frecuencia mi pensamiento, no pudiendo sujetarle ni á las vacilaciones del pulso propio, ni al ageno, he confiado siempre mis pensamientos, desde los más públicos hasta los más íntimos, al taquígrafo, y por consiguiente, conocer mucho de la taquigrafía. Y no en cuanto el arte, sino en cuanto á aplicación, en cuanto á desarrollo, muchas veces he tenido que pensar y he pensado por el ejemplo mismo que existía á mis ojos, en lo que sería este arte andando el tiempo y según el progreso humano.

Pues bien, señores, yo entiendo que la taquigrafía es la escritura de la imaginación, ha de propagarse, no solamente entre los que ejercen esta profesión noble, sino en la generalidad de los hombres, y entiendo que ha de ser la escritura de la imaginación, porque es imposible que un hombre dotado de ella se sujete á las dificultades, á la lentitud y á la morosidad de la escritura vulgar. (*Grandes aplausos.*)

Quédese esta para los grandes pensadores, aquellos que incuban con lentitud en el fondo de las últimas células de su cerebro los grandes pensamientos, las ideas abstrusas, quédese tam-

bién para el vulgo de las gentes que no tengan la rapidez de la concepción, pero para los que vuelan con el pensamiento precisan alas más rápidas y de más vigoroso empuje.

Es preciso pues, que por todas partes se difunda este arte, que se propague, y que para cuantos hombres de imaginación haya en el mundo, haya otros tantos taquígrafos.

Y aquí se presenta un vastísimo horizonte para la taquigrafía. Ella coge al vuelo la palabra humana, ella graba la idea en el papel, ella transmite á la posteridad, pero necesita perder algo del carácter de geroglífico, es preciso que no haya un sacerdocio en la taquigrafía y vulgarizarla de tal manera, que todos los hombres la entiendan y la practiquen, y además de esto, yo he de decir una grata sospecha que tengo, sospecha que engendra en mí la pasión que siento por los grandes descubrimientos. Yo digo, que así como la palabra escrita debe servir para la reproducción del pensamiento, cuando esta palabra se traduce en las ondulaciones del aire por el sonido, entonces no basta la palabra escrita, es posible que no baste siquiera la taquigrafía, y es posible que llegue un momento en este siglo, en que el teléfono se extiende á las inmensidades y consignándose con la electricidad se grave el sonido.

(*Se continuará.*)

ANTE EL CEDRO DE ODARA

DE LA

PLAZA DE LAS CORTES (1)

MEDITACION

Láuros de Salamina y de Platea
Que erecen cuando lloran los tiranos.

LISTA.

¿Quómodo sedet sola civitas plena populi?

JEREMÍAS.

Sentéme por acaso
Cerca de donde había
Un tiempo venerables edificios,
A cuyo entorno y obstruyendo el paso
De la angostada vía,
Se vió á la plebe de hedionda ropa
Echada por los pórticos y quicios,
Descuidando el honor de los oficios,
Para aguardar la sopa
Del fraile desperdicios.

¡Vergonzoso proscenio!
Los mendigos actores,
Los magnates del reino espectadores:
Y ora la estatua del mayor ingenio,
Cual si surgiera á dilatar el radio,
Alzase en ancho estadio
Circundada por árboles y flores,
Cimbria del iris, generosa fuente,
A la copa eminente
Del árbol lleva lúbrico rocío:
Al descender en curva de colores
La flor su beso siente,
Y de la flor derrámase al riente
Césped que yace á la apacible sombra
Del lugar mismo en que cebó el estío
Sobre desnuda arena sus rigores,
O en la dormida escarcha duró el frío.

Mullido césped, taraceada alfombra,
Lujosas plantas, árboles mayores,
Fuente vertida en mágicos cambiantes,
Escultural presencia de Cervantes;
Si aquí se vieron antes
Ser en desnuda arena,
Actores los mendigos

(1) A la amabilidad del general Ros de Olano debemos el poder publicar esta preciosa poesía, original de tan eximio poeta; inspirada hace muchos años ante el árbol que adornaba singularmente la plaza de las Cortes y que el huracán del día 12 del actual derribó con gran estruendo, matando á un caballero que bajaba de un coche, asustado por la violencia del fenómeno.

Y magnates del reino los testigos;
La trasformada escena,
Con poderoso ejemplo,
Reprenda la moral de los señores;
Y en la voz que no lejos les condena
Lecciones manda la severa historia
Para los sacerdotes y los reyes:
Donde la libertad les dicta leyes,
Asamblea del pueblo, ayer fué templo.
Si huyó á la vista oprime la memoria
Del alma timorata y se pregunta:
—¿Dó el alto chapitel, en cuya punta
La cruz de salvación me abría los brazos?

Hundiéronse en pedazos
La cruz y el campanario,
La cúpula y lugar que fué sagrario;
Cayeron los altares,
Enmudeció el salterio
De alabanza al misterio:
Donde se alzaba el púlpito es rostrario;
Donde fué el coro es ancha gradería,
Oleaje de turbas populares
Que en ruda gritería
Se desata en aplausos al tribuno.
Por si dejó el pasado indicio alguno,
Delante al Parlamento,
Donde fuera convento
De la oscura paciencia,
Hoy se le indica á la mujer la ciencia.

Quien mide el tiempo llora en las ruinas:

Aquí también nacieron,
Generaron, pacieron
Del valle á las colinas,
Del monte á la llanura,
El ágil gamo, la velluda fiera,
Si el pabellón de pródigas encinas
Brindádoles la roja madroñera
Copioso el fruto en campos de verdura,
Y en lento curso, un brutal de ribera
Manzanares sus aguas cristalinas.
Eden les fué... Pacíficos crecieron
Sin que les acosara

El venablo, la jara
Ni el arcabuz; sin sospechar siquiera
Del lebrél, suelta la servil trahilla,
La insidiosa demanda ó la carrera;
Hasta que el grito humano los espanta,
Esfuerza el perro la feroz garganta,
Les sigue en pos la venatoria trompa,
Y ellos con sus hijos perecieron
Traspasados del plomo ó la cuchilla.
Cayó rendida la silvestre pompa
Del poblador al golpe codicioso;
Fué la choza, hubo aldea, ésta fué vilia,
Y es la córte moderna que levanta,
Rotos los moldes de su antigua planta,
Alcázares, teatros, ateneos,
Bibliotecas, hipódromos, museos,
Mientras en el recoso
Cerro del Escorial dura el coloso
De grande maravilla,
Monasterio, palacio, iglesia suntuosa,
Blasón de triunfo en armas de Castilla,
Y es, porque más asombre,
Bajo el múltiple nombre,
Pirámide orgullosa,
La cripta en que reposa
Tétrico Faraon de Occidente,
El Felipe que fuera

Con la cinérea cruz sobre la frente,
Atizador de la inhumana hoguera.
Su sombra temerosa
Parece aún que cruza
Por el desierto claustro solitario.
Murmurando el rosario,
Mientras rueda, del tronco desatada,
La cabeza sagrada,
Del Justicia Lanuza.

.....
.....
.....

Rumor de selva despertó mi oído,
Eco de fronda, al susurrar distante,
Y el aura mensajera lo traía
Como en la adversidad lleva el quejido
De la amada al amante,
Voz de melancolía
Acorde con mi queja,
Fué el eco dolorido;
El suspiro que deja
Pendiente de las hojas tembladoras,

En su desmayo el espirante día.

Ya en penumbra las horas,
Miré al cedro eminente
De tristeza simbólica vestido;
Peregrino de Oriente,
Movida al viento la sencilla rama
E inclinada la frente,
Parece que nos llama,
Venido de lejos, hacia donde
El ignorado porvenir se esconde,
¡Que el fuerte roble que las cumbres viste!
Se extinguen las naciones,
Leyes, instituciones;
Ni aun la piedra resiste.
Tal fué en la Tierra Santa,
Donde el silencio de la muerte mora.
«La ciudad que poblara inmensa gente,
Cuya serena soledad espanta.»
Sus lágrimas no mojan su cadena;

Ni el sollozo se siente:
Muda Jerusalen, hasta no llora;
Solo en la cumbre del Calvario ahora
La humilde voz de la esperanza suena.
Ya no son los que fueron
Pobladores del Líbano gigantes,
Cuyas altivas metas
No alcanzaron las aves emigrantes.
Los brazos que otros cedros extendieron
Para dar sombra á los tostados lomos
De desnudos profetas,
Cayeron al cumplirse los potentes
Tronos, y viene el aire del desierto
Y arrebató los troncos al Mar Muerto.
Empujados que somos
Del tiempo en las corrientes,
Al mar eterno del eterno arcano,
Cuando ya fatigadas
La onda aérea de llevar en vano
El lamento de herencia á las edades;
Por mudas soledades
La onda aérea pasará callada,
Y en el sitio en que fueron las ciudades,
Los arcos, obeliscos y escultura
Ni serán hito á tanta sepultura
Noble cedro doliente
Sujeto á suelo urbano,
Si aspiras á horizonte más lejano,
Falto el nativo ambiente,
Unas ramas en vuelo
De aspiración divina,
Eterna vida que demanda el cielo,
Y otras abates al humilde suelo,
La muerte que te inclina
¡Oh, enlace de la vida con la muerte!
De tí, en la tierra fría, ávida, inerte,
No hallará donde has sido
El ave mansa al suspender su nido;
Ni encontrará tu sombra el viandante
Al ir con paso errante
Por un desierto en soledad perdido,
A otra ciudad que se alzaré distante.

.....
.....
Esa ciudad futura,

Con las piedras que imprima su existencia,
¿Qué idea escribirá por fundamento?
¿Será otra religión? ¿Será otra ciencia?
Qué idea ó sentimiento
Revelará la nueva arquitectura?
Nave anclada, insegura,
La ciudad venidera,
Rota el ancla á que estriba,
A la ola que viene,
Que va y no se detiene,
¿Será tabla de naufrago en que escriba
Para la edad postrera,
La triste muchedumbre
Sujeta al remo de penal galera
¡La vida es pesadumbre!
Lejos de mí la flaca incertidumbre
Si no habla Dios del Sina allá en la cumbre,
Prendió á la luz del Sina
Nuestras almas y enciende la esperanza
Dios que impulsó á la idea la conciencia
Junto al amor el alto pensamiento...

.....
.....
¡La libertad camina!
¡La humanidad avanza!
Saluda el corazón esa alianza.

En sus alas la humana inteligencia
Llevará el testamento
A las nuevas ciudades,
Y serán de la planta á la eminencia,
Lábaro en el que lean las edades:
¡Santa la Religión, libre la Ciencia!

ANTONIO ROS DE OLANO.

REVISTA DE MADRID

Terminábamos nuestra anterior revista con unos cuantos párrafos consagrados á describir el sin igual regocijo que siempre causa al pueblo de Madrid la fiesta de su santo patrón; pero no sospechábamos ni remotamente que antes del 15 había de tener lugar un terrible acontecimiento que había de amargar y deslucir los comienzos de la fiesta de San Isidro.

No fué un gran incendio, ni una epidemia, ni un gran crimen; fué un huracán violentísimo, como no le recuerdan ni aun los más ancianos.

Los periódicos diarios han llenado sus columnas con la descripción de los aterradores destrozos causados por el huracán en la tarde del 12 del actual.

Amaneció el día referido con aspecto lluvioso; llovió algo; de vez en cuando se asomaba el sol dejándonos ver unas veces sus ardientes rayos y otras sus desmayados y pálidos reflejos. Por la tarde, entre seis y media y siete, ennegrecióse el cielo, alzóse el viento, rugió sordamente y empezaron á caer gruesas gotas, que se aplastaron sobre la tierra formando negras sombras... Después de las gotas cayeron enormes granizos que producían ensordecedor ruido sobre los cristales de los balcones y ventanas; rasgóse el espacio con blanquísimos relámpagos; serpearon los rayos y desplomáronse los truenos...

En el espacio reinaba extraordinario desorden. El viento cambiaba de dirección á cada instante. Las velas giraban como poseídas de un vértigo y el viento era cada vez más aterrador. Dos nubes negras, inmensas, lanzadas en opuestas direcciones, se encontraron, chocaron, como las masas de dos numerosos ejércitos combatientes y al mezclarse y romperse, envolvieron á Madrid en el remolino de un combate... Un huracán espantoso envolvía, sacudía y destrozaba á Madrid.

Tan tremenda batalla duró sólo cinco minutos; si hubiera durado media hora queda reducida la capital de España á un montón informe de ruinas y escombros.

La inmensa mayoría de los que presenciaron la catástrofe, no se dieron cuenta de ella, porque más bien la sintieron que la vieron.

Madrid entero en aquel momento, el Madrid que andaba por las calles y por los campos, se detuvo; quedó asombrado y aterrado.

Hasta el día siguiente no pudieron darse cuenta los habitantes de Madrid de la magnitud de la catástrofe. Las relaciones de la prensa revelaron todo lo que encerraba de horrible.

El parte dado por el Observatorio de Madrid llama huracán al fenómeno meteorológico que se produjo el día citado.

Como prueba de que el huracán no llevó un camino determinado, como algunos suponen, basta decir que los árboles de la pradera de San Isidro que se hallan en la margen derecha del Manzanares, han sido derribados en dirección de la ermita del Santo, mientras el ángel y los remates de piedra del pilar del puente de Toledo cayeron en dirección opuesta.

La corpulencia de los árboles desarraigados ó tronchados prueba la violencia irresistible de la tempestad, que pasó sobre los trigos y cebadas sin hacer otra cosa que inclinarlos levemente, y se cebó en los árboles más gruesos y elevados, recreándose en las masas vegetales de Vista Alegre, del Retiro y Botánico, y siguiendo como en un cauce las calles de árboles, haciendo zig-zags incomprensibles.

La parte más sensible de la catástrofe fueron las desgracias personales: veintiseis personas perdieron la vida, y de los numerosos heridos se temen otras víctimas. Ocurrieron casi todos estos accidentes por hundimiento de una tienda-asilo en la calle de Drúmen, el lavadero Imperial, entre la Ronda de Segovia y Puente de Toledo, un paredón del cementerio de San Lorenzo y la ruina de algunos paradores en el camino de Carabanchel. En dichos sitios se acumularon de tal modo los heridos, que los guardias detenían á los carruajes para el servicio sanitario.

Los dos Carabancheles y la hermosa quinta de Vista Alegre, que fué del Patrimonio y más tarde sitio de recreo que llenó de riquezas artísticas el ilustre y espléndido marqués de Salamanca; los hoteles y mataderos del camino de Carabanchel; dos lavaderos; la tienda-asilo ya citada; un edificio en construcción inmediato al Observatorio; el terrado del palacio de Medinaceli; muchas casas que estaban reparándose ó edificándose en toda esa zona y la del camino de las Ventas del Espíritu-Santo; el edificio destinado á exposiciones en el Retiro; la vaquería del citado Parque; esto es un conjunto lo más saliente que se cita entre las pérdidas materiales. Creemos superior en conjunto el de las pérdidas pequeñas que al lado de las grandes no hacen bulto, pero que reunidas constituyen cantidades importantísimas. Pero como ejemplo de destrozo y fuerza del temporal, excede á todas la fachada posterior del casón, ó sea el Museo de Reproducciones, por ser casi todo de granito, estar adherido á un robusto cuerpo del edificio y tener un peso enorme las columnas, pilares y piezas de sillería derribadas.

El destrozo causado en el Jardín Botánico, en donde los remolinos de viento y agua hicieron tales esfuerzos, que los árboles más gigantescos y apreciados han sido destruidos, causa verdadera pena contemplarlo. Ha quedado, pues, incompleta y destrozada la hermosa colección creada por los sabios y consolidada por el tiempo.

La fiesta de San Isidro, que se preparaba á celebrar alegremente el vecindario modesto de Madrid, empezó con un destrozo de tiendas y puestos, no ha sido tan animada y alegre como otros años: los pobres vendedores empezaron con una pérdida y no pocas heridas y porrazos.

El Ayuntamiento parece inclinado á remediar en lo posible la situación de las personas más necesitadas, y proyecta destinar á ello los fondos de que pueda disponer.

Infelices mujeres, tiernas criaturas, pobres ancianos mueren aplastados sin darse cuenta de lo que ha pasado; los heridos se agitan entre los escombros y mueren desesperados...

Pero el espíritu de la caridad ha reanimado á los infelices que sobreviven á tamañas calamidades.

El pueblo de Madrid, noble y generoso siempre, se aprestó inmediatamente á socorrer á su prójimo.

El sentimiento de la caridad, propio de las almas buenas y generosas, es el que mas enaltece al hombre, el que le hace más semejante á su Creador.

El amor al prójimo es la sólida base de todas las buenas acciones, de todos los grandes actos de valor y abnegación, de todos los progresos de la humanidad, y en fin, de todo lo noble y honrado.

Y este es un sentimiento general en el pueblo madrileño.

El amor al prójimo es el que lleva á nuestro pueblo á realizar esos grandes prodigios de ardiente caridad que asombran al mundo.

El amor al prójimo es el que lleva á nuestras hermanas de la caridad á los hospitales y á los campos de batalla; á nuestros médicos á la cabecera de los enfermos apestados, de quien huyen los egoístas, y junto á los cuales se arrostra verdadero peligro, á nuestras madres, esposas é hijas á la miserable guardilla del mendigo.

El amor al prójimo hace á nuestros soldados generosos en la victoria, y es, en fin, el fundamento de toda buena sociedad y el santo lazo que estrecha amorosamente los vínculos sagrados de la familia.

El actor y empresario D. Francisco Arderius ha muerto.

Arderius fué el que introdujo en España el género bufo, con poco ó ningún provecho para el arte, pero con gran popularidad y beneficio propio.

Hombre emprendedor, y con gran conocimiento del público, supo elevarse desde corista de la Zarzuela á actor de talento y empresario afortunado.

El buen gusto le podrá pedir cuentas de muchos desmanes contra el buen sentido en que incurrieron los cultivadores de un género bastardo, creado por una moda extravagante y pasajera y que envejeció en la juventud; pero es indudable que si Arderius no hubiera sido el patrocinador de aquellas locuras nacidas en los teatros de París, y que nunca se acomodaron con su genuino y primitivo sabor á nuestra escena, otros empresarios lo hubieran realizado; eran delirios de aquel tiempo, llenos de gracia algunos y chispeantes de ingenio y de malicia, pero torpes y mal intencionados con frecuencia.

Casi todas las tardes, dice Fernanfior, entraba en el café Suizo un hombre muy alto, delgado, completamente afeitado la cara, asomándole bajo el ala del sombrero los mechones castaños de una peluca, embozado en una gran capa, no sólo en invierno, sino hasta en verano...

Aquel hombre era D. Francisco Arderius, el gran bufo; el maestro de la caricatura escénica; el más popular de todos los empresarios; un actor de talento; un gran conocedor de la sociedad madrileña; un cínico tratándose del arte y del dinero; un excelente corazón tratándose del arte y del dinero. Su capa se explicaba por haber tenido hacía poco tiempo una pulmonía y querer evitar otra, mas no ha podido evitarla. Parecía un viejo, pero era joven aún: sólo tenía cincuenta años.

Expondremos sucintamente algunos datos de su biografía.

Vino a Madrid, estudió en la Universidad, aprendió el francés y a tocar algo el piano y a canturrear tal cual.

Se presentó a Salas y a Gaztambide, empresarios de la Zarzuela y le examinaron de voz; Gaztambide, que era bastante brusco, le dijo:

—La voz de V. tiene poca extensión, pero en cambio es mala.

A pesar de esto, una tía de Arderius, la Bardán, pudo conseguir que le admitiesen en el teatro, y poco después en el papel de Pancho en *La vieja* y en el de Marqués de *El último mono*, conseguía fijar la atención del público.

Arderius hubiera podido ser un buen actor, un gracioso de la raza de Guzmán, porque no le faltaban ni talento, ni flexibilidad para serlo; pero hizo un viaje a París, y viendo los Bufos franceses, se preguntó:

—¿Por qué no ha de haber bufos en Madrid? Al hacerse esta pregunta, manifestaba ya que él, en efecto, era bufo.

Volvió a Madrid con esta idea, y en 15 de Setiembre de 1866 anunciaba en tremendos cartelones la *Compañía de los bufos madrileños*, y pocos días después se representaba en el teatro de Variedades *El joven Telémaco*, letra de Blasco y música de Rogel. El éxito fué inmenso; Arderius entrevió la riqueza, el coche y el hotel que poseía cuando ha muerto.

Tras de *El joven Telémaco* vinieron otras caricaturas, que degeneraron en groserías y obscenidades representadas. La buena sociedad se declaró por los bufos y acudió al teatro del Circo a encanallarse con deleite. Esta calentura pasó; mas Arderius de bufo se había transformado en empresario, y buscó en otros géneros la continuación de su fortuna.

Ultimamente, dicen, que soñaba con el arte serio, con la rehabilitación de la escena española, pero la muerte vino a detenerle en el camino de sus generosos propósitos.

Cuando acompañando los restos de Arderius al cementerio, recordamos que éste había sido uno de los grandes regocijadores de las multitudes, que con sus muecas y desplantes se burlaba de cuanto serio, digno y noble hay en la sociedad y en el alma humana, una tristeza profunda llenaba nuestro corazón y un escalofrío cruel nos estremecía.

¡Qué contraste entre la palpitante carne de risa y el mármol inmovible del cadáver!

Después de hablar de una catástrofe, cual la que conmovió a Madrid el 12 del corriente y de la muerte de un actor, debemos consagrar algunas líneas a dar

cuenta de los libros que más llaman la atención de los bibliófilos en los escaparates de las librerías.

Es el primero un precioso tomito, elegantemente impreso con deliciosas viñetas de Mérida intercaladas en el texto, en que Enrique Sepúlveda ha coleccionado algunas de sus preciosas revistas, en las cuales se refleja vivamente con todos sus colores y su luz *La vida de Madrid*.

El estilo fácil, poético, agradable, con que Sepúlveda ha escrito su libro, acompañado de una observación justa y espiritual, dan gran valor y relieve a las páginas que contiene.

La vida de Madrid constituye una riquísima colección de acuarelas llenas de color y vida.

El patio andaluz es otra de las publicaciones que tengo ante los ojos; pertenece a este mismo género de crónicas locales.

Su autor, D. Salvador Rueda, es un periodista de mucho talento y un versificador espontáneo y brillante.

Los cuadros en prosa que nos presenta en *El patio andaluz* tienen mucho de sus poesías.

Joaquín Angoloti y Mesa es el autor de otro tomo que lleva por título *Versos*.

El joven autor de este tomito demuestra felices disposiciones para el cultivo de la poesía.

Las que contiene todo el libro son muy bellas, pero llaman desde luego la atención las tituladas *Los Patriotas*, *Cosas del mundo*, *Cobra buena fama...* etcétera, y es graciosa la última, que lleva por epígrafe *Después de la boda*.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

ANUNCIOS

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º.—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Paseo del Prado, núm. 20, 3.ª, derecha.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.
Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados. de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscriptores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores. Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta de Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Murillo, A. calá y D. Leocadio López, Carmen 13.

EL PROGRESO EN 1886

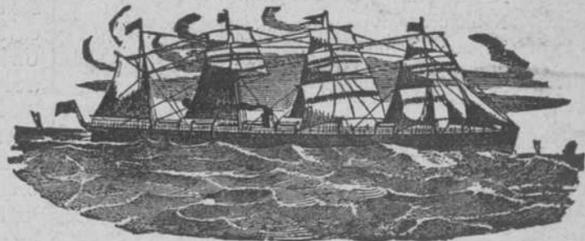
SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que a los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, a la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder a los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados a consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala a los suscriptores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscriptores directos como son: la adquisición a plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas ó instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita a las consultas que se dirijan a las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.



SERVICIOS DE LA

COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión a las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *Ciudad Condal*.

El 20, de Santander, *Veracruz*.

El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio a Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25

Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *San Ignacio de Loyola* saldrá de Barcelona el 1.º de Junio próximo.

Toos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julián Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Astorga: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Málaga: r. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.